



EL SIGLO MÉDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIÓDICO DE MEDICINA, CIRUGÍA Y FARMACIA,

CONSAGRADO A LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

MODO DE PUBLICACION Y OFICINAS DEL PERIÓDICO.

Se publica EL SIGLO MÉDICO todos los domingos, formando cada año un tomo de más de 850 páginas y doble número de columnas con la portada é índice correspondientes.

El precio de la suscripción es 12 reales el trimestre en Madrid, 15 en las provincias, 80 al año en el extranjero y Ultramar y 100 en Filipinas. Puede la suscripción hacerse en la REDACCION, calle de la Concepcion Gerónima, núm. 14, principal; en casa de los comisionados de las provincias, y preferentemente por medio de libranza.

RESUMEN.

SECCION DE MADRID.—¿Que hacemos?—Una cuestion tocológica en el fuero de la conciencia, réplica al Sr. D. JUAN NEPOMUCENO MARTINEZ.—LITERATURA MÉDICA.—Historias de las ciencias médicas, por Ch. DAREMBERG.—Breve defensa de la medicina española.—PRENSA MÉDICA EXTRANJERA.—Toxicología de la estriquina; la rana como reactivo de este veneno.—Causa de los síntomas cerebrales en la neumunia infantil de forma cerebral; por el profesor STEINERDE DE PAGA.—Tratamiento de las fracturas de las articulaciones por armas de fuego; por el Sr. LANGENBECH (de Berlin).—Orquitis blenorragica; uso tópico del nitrato de plata.—ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.—Sesion literaria del 31 de Marzo de 1870.—VARIEDADES.—Fundados temores.—La libertad de la enseñanza en Francia.—Almanaque médico del mes de Mayo.—Contribucion industrial.—CRÓNICA.—VACANTES.—ANUNCIOS.

MADRID 1.º DE MAYO DE 1870.

¿QUÉ HACEMOS?

Aunque en muy breves y sencillos términos, advertimos en el número anterior cómo las tarifas del subsidio industrial agravan la precaria y penosa situacion en que se hallan las clases médicas; y mostramos además extrañeza, al considerar lo muy apartado que el gobierno parece de compensar con algunos ligeros y fáciles beneficios una mínima parte del trabajo que los tribunales de justicia exigen de ellas á todas horas y en todas partes. Hoy necesitamos, en cumplimiento fiel de nuestros periodísticos deberes, inculcar en el ánimo de nuestros profesores la necesidad de reclamar contra la falta de consideracion á la clase que se revela, no ya solamente en las tarifas del subsidio, sino en el Reglamento para la aplicacion de la ley de 23 de Febrero sobre ingresos provinciales y municipales. Ambos documentos forman el testimonio más elocuente del abandono en que á las clases médicas se tiene, de su falta de legítima representacion en las esferas del gobierno y de la representacion nacional, y por fin, del increíble abatimiento en que han caído, convencidas sin duda alguna del escaso fruto de sus continuados esfuerzos y gestiones.

Tomo XVII.

No habrán echado los lectores al olvido aquella discusion, relativa á los servicios médico-legales, en que un solo diputado médico abogó por sus compañeros, si bien con más tibieza y blandura de la que hubiera convenido, y cediendo en la demanda apenas anunció el ministro de Gracia y Justicia el propósito que dijo tener de buscar un medio de compensacion, ya que no pudiera retribuirse á todo el que los prestara; y recordarán perfectamente el empeño que habia de equipararlos á los abogados de pobres, siquiera sean cien veces mayores el trabajo de los médicos, su responsabilidad y los daños que se les irrogan. Sobre este punto insistimos entonces cuanto convenia insistir, y aunque desesperanzados completamente, quedamos aguardando el resultado de cierta conferencia que el expresado ministro se proponia celebrar al efecto con algunos diputados médicos.

Pues bien: uno de los beneficios más leves, y en nuestro concepto más fáciles de conseguir, hubiera sido el de lograr que se eximiera del pago de subsidio á cierto número de médicos, conforme se hace con los abogados... ¿Qué sacrificio sufriría por este motivo el tesoro público? ¡Bien insignificante por cierto!

Y sin otra diligencia que ordenar se prestara en todo caso el servicio de medicina legal por los que gozaban de la referida ventaja en compensacion de él, habria quedado realizada una pequeña reforma, que bien podria pasar mientras llega el país á una situacion más desahogada y próspera.

Entonces habria, ya que otra no fuese, la equiparacion de que tanto se nos ha venido hablando entre los abogados y los médicos, pues que para todo beneficio remuneratorio de eminentes y peculiares servicios quiere comparárenos siempre con otras clases, mostrando en ello el propio empeño con que se nos excluye de los que por su parte alcanzan.

Pero, conforme el refran, *«las burlas pesadas ó no darlas»*, y ahora hemos salido con que la clase médica no ofrece ya aquella cacareada analogía con

la de los abogados, antes dista largo trecho de ella, y debe quedar por ende no solo desatendida, sino despreciada.

En efecto, á más de imponerse á los médicos y á los farmacéuticos mayor contribucion de subsidio que á los abogados, se han hecho en favor de esta clase, de los procuradores, relatores, y escribanos de cámara, las exclusiones siguientes:

Como abogados de pobres, se eximen del pago de subsidio 90 abogados en Madrid (los cuales han de entender por turno en los asuntos que ocurran); 60 en Barcelona, Granada, Sevilla y Valencia; 40 en la Coruña, Valladolid y Zaragoza; 30 en Burgos; 20 en Albacete; 15 en Cáceres y Mallorca; 10 en Oviedo y Santa Cruz de Tenerife; y 2 en cada juzgado de las poblaciones donde no exista audiencia. Los procuradores se eximen en una tercera parte del número de los abogados, y en cada Audiencia quedan exentos tambien algunos relatores y escribanos de cámara.

Nótese además, que la propia exencion hecha para el subsidio se hace tambien para los gastos provinciales y municipales, resultando de todo un beneficio que no es por cierto insignificante.

De manera que mientras se indemniza á cuantos auxilian á los tribunales de justicia, los médicos (que trabajan más que todos juntos, con mucha mayor molestia y daño considerable de sus intereses) *se quedan sin indemnizar*, escepto en Madrid, que tiene la dicha de ser en todo la poblacion privilegiada de España.

¿Cabe burla más humillante? Cuando se trata de retribuir en alguna manera los servicios que prestan los médicos para la administracion de justicia, se arguye que en el propio caso están los abogados y que no hay razon para que los médicos obtengan mayores beneficios; pero al eximir á los abogados del pago del subsidio y de los gastos provinciales y municipales, se deja sin fuerza al argumento de antes... ¿Podrá negarse ahora, con sombra de razon, que los médicos somos los parias en esta nacion desventurada?

¡Y en las Cortes soberanas hay muchos diputados médicos, que ven todo esto con indiferencia! ¡Y en la comision que ha revisado las tarifas del subsidio, habia tambien quien representará á esas clases!...

Pero ¿cómo puede estrañarse la indiferencia de las personas pertenecientes á la clase que influyen en la situacion, cuando la clase misma se muestra indiferente á sus propias desdichas?

Bien comprendemos, sin embargo, y sirva esto de disculpa á tan triste estado de desfallecimiento, que se hallará persuadida de la inutilidad por ahora de sus esfuerzos, y que ese convencimiento la para-

liza y abate. Mejor que otra alguna comprenderá sin duda el estado de la nacion, y aguarda quizás á que las pasiones se calmen, el delirio cese y recobre la razon su imperio. Pero no deja, sin embargo, de ser cierto, que por fuerza habria de resultar victima de las locuras ajenas la persona cuerda que se viera maltratada por una jauría de insensatos, como no se pusiera en defensa sin reparar en que pudiera tomársela como uno de ellos.

¿Qué inconveniente pudiera haber en pedir al gobierno que se adopte, respecto á los médicos, una exencion de contribuciones análoga á esa de que en buen número gozan los abogados y demás curiales? Suponiendo que nada se alcanzara, ¿no habriamos fortalecido nuestro derecho con una resolution tan injusta?

En las grandes poblaciones que tienen Audiencia, podria eximirse de dichos impuestos igual número de médicos que abogados, ó al menos las dos terceras partes, y en cada juzgado, aquel número que parezca conveniente despues de un maduro exámen; siempre mayor que el de los abogados en este caso postrero, para evitar viajes costosos, puesto que los abogados no necesitan moverse de su casa.

Mucho distaria semejante arreglo provisional de lo que á la buena administracion de justicia y á la clase media conviene; pero *algo es algo*, y se evitaria además la vergüenza que ocasiona la falta de consideracion con que se nos trata.

Durante el antiguo régimen se hallaban las clases médicas exentas del pago de toda contribucion, para indemnizarlas tanto de esta clase de servicios prestados al Estado como de la asistencia á los pobres de solemnidad... ¿No resplandecia en dicha exencion la más indisputable justicia? Pues ya que el beneficio no sea tan grande, no se nos infiera al menos injusticia tan notoria.

Si algun dia se realizará por fin la proyectada Asamblea médica, punto es este que deberia fijar muy especialmente su atencion; más entre tanto bien pudieran los médicos, reuniéndose al efecto en agrupaciones, elevar al gobierno sus quejas, y pedirle al menos que sea *por ahora* una verdad su equiparacion con los abogados en lo concerniente á la administracion de justicia.

La ocasion no puede ser más oportuna, y no hay tiempo que perder.

Los médicos de Madrid *deben reunirse sin tardanza*, como lo hacen clases menos agraviadas, y pedir al gobierno en una reverente exposicion: 1.º la rebaja del subsidio, y 2.º la *exencion de toda carga*, allí donde no haya médicos forenses retribuidos, para cierto número de profesores que hayan de auxiliar á los tribunales.

Se seguirá ó no nuestro consejo, más de todas maneras habremos cumplido, escribiendo lo que precede, con el deber de periodistas, tal como le hemos concebido siempre y le venimos realizando con constancia.

DR. CÉSPEDES.

UNA CUESTION TOCOLÓGICA EN EL FUERO DE LA CONCIENCIA.

Réplica al Sr. D. Juan Nepomuceno Martínez.

ARTÍCULO PRIMERO.

Satisfacion indecible me ha causado esa alarma que mi escrito ha producido entre los médicos, quienes al leer sus doctrinas parece han saltado de sus asientos. Y en verdad, este primer efecto era imprescindible para conseguir el fin que al escribirlo me propuse: inútiles hubieran sido de otro modo mis esfuerzos, mi voz se hubiese perdido en el vacío si al primer llamamiento que les hacia no hubiera logrado despertarles del letargo del error en que yacian; ahora pues, que todos me oyen, ahora que tengo asegurada su atencion, escribo con duplicado placer, hablo con la consoladora esperanza de que no ha de ser esteril mi trabajo, con la profunda conviccion de que no malgasto el tiempo, este tiempo que sacrifico á mis legítimas aspiraciones y particulares fines.

Pero, como quiera que este sacrificio tiende directamente al fin de todos mis trabajos y desvelos, que no es sino enseñar y defender la verdad, lucha constante contra el error, le doy por muy bien empleado, y quedaré por él muy satisfecho el dia en que, como espero, la medicina abjure el error moral en que sobre este punto estaba. Solo necesito para conseguir mi objeto, una cosa que no está en mi mano, una cosa que pido reiteradamente á los médicos que de buena fe busquen la verdad, y lo que les suplico no es sino la atencion, y con ella la imparcialidad, la despreocupacion, la abstraccion de los tan lamentables como prepotentes juicios preconcebidos, que cierran el paso á la verdad y encallecen al hombre en el error.

Difícil y no menos comprometida es la posicion del que, como yo, se vé acosado á la vez en la prensa por dos diestros espadas, y privadamente por mayor número: al ver tantos y tan decididos adversarios, que con ojos de lince están de acecho esperando un descuido en mi defensa, cosa muy fácil y que aprovecharían con felices resultados, lo confieso, no puedo menos de turbarme algun tanto, pero no por eso debo temer, defendido como estoy por el impenetrable escudo de la verdad.

Celebro en el alma habermelas con tan distinguido escritor como lo es el Sr. Martínez, cuya profundidad como filósofo, sutileza como ideólogo, rigorismo como dialéctico y elegancia como escritor, no han podido menos de admirar todos los lectores de «El Siglo», donde tan vastos conocimientos ha demostrado. Sus vigorosos argumentos, tan claramente expuestos y tan de frente dirigidos contra los míos, han de contribuir, á no dudarlo, á la completa dilucidacion de la cuestion que disputamos; por eso, y á la vez que le manifiesto mi placer inmeso en luchar con él como amigo, le doy las gracias más cumplidas por haber satisfecho mis deseos en el modo de tocar esta cuestion,

Entremos en materia, y dejando á un lado el origen de esta discusion que *no he provocado*, sino tan solo *admitido*, disipemos algunos reparos del Sr. Martínez.

La cuestion que ventilamos no es médica, como supone dicho señor, sino puramente moral; pues que no tratándose de si la embriotomía ofrece ó nó mejores resultados que cualquiera operacion quirúrgica, sino sobre la licitud de aquella (prescribala ó no la ciencia) no vendrian al caso las pruebas ó principios de la medicina, sino tan solo los de la ciencia de lo lícito ó ilícito, los principios de la moral; por eso no creo haber intentado ni desalojado al médico del terreno en que debiera batirse, y si el Sr. Martínez se cree en posicion desventajosa para la lucha, como profano á la ciencia teolológica-moral, no puede tener cuidado, contando á su lado *personas versadas y competentes*, que á no dudarlo podrán sacarle de sus apuros, evacuando mis citas y aduciendo principios en favor de la causa que defiende, en cuyo supuesto creo tener yo la desventaja, al luchar con *personas competentes y versadas* en una ciencia en la que me falta mucho que saber, pues que á decir verdad mis estudios han sido sobre el dogma, muy poco sobre la moral.

Pero vamos al grano. La cuestion que debatimos, ¿está bien planteada en los términos en que yó la propuse, ó debiera con más propiedad haberse propuesto diciendo como el Sr. Martínez: «¿Es lícito procurar salvar la vida de la madre aun á costa de la del feto uterino?» De ninguna manera, á mi juicio, podia ser exacta y concreta la cuestion así propuesta. 1.º Porque sería extensiva á cosas lícitas é ilícitas, á cosas que no discutimos, sería aplicable á la ocision indirecta del feto, la cual no siempre anatematizo, del mismo modo que á la directa que *siempre* proscribiré como pecado gravísimo; porque cuando la madre, para curarse de una enfermedad mortal, toma una medicina cuya virtud directa es sanar su mal, aunque de dicha medicina se siga la muerte del feto, sucede que *la madre procura salvarse aun á costa de la muerte del feto*, y esto no lo repruebo, porque es una muerte indirecta, lícita en concepto de muchos autores: no puedo por lo tanto plantear la cuestion de modo que condene opiniones, sino tan solo errores. 2.º Propongo así la cuestion, porque yo no proscribo el fin, esto es, lo que mueve al médico á obrar la salvacion de la madre, sino tan solo *los medios* que para conseguirlo emplea, la muerte directa del feto. Por eso estoy en la conviccion íntima de que para saber que se disputa la muerte *directa* del feto, nó la *indirecta*, y tener presente que no proscribo el fin, sino solo el *medio*, no puede proponerse nuestra cuestion con más precision que diciendo: ¿Es lícito matar directamente al feto uterino para salvar la vida de la madre? Queda pues sentado, que la cuestion así propuesta *es exacta en la forma*. Despues veremos el fondo.

No puedo pasar adelante sin rectificar algunas apreciaciones que hace el Sr. Martínez sin fundamento alguno. Digo en mis preliminares: «6.º El feto uterino vivo como lo suponemos (y para mayor claridad viable) es un ser humano completo, distinto de la madre, y por lo tanto con sus derechos naturales propios e independientes como nosotros;» lo cual interpreta el Sr. Martínez haciéndome decir implícitamente que todo feto viable es un ser completo etc., etc., retardome á discutir la cuestion de viabilidad del feto, y por último echándome en cara *el grandísimo error* en que estoy al creer que la vida del feto intrauterino es *independiente* de la madre.

No he dicho con esas palabras «que solo el feto viable es un ser completo etc.» sino que todo feto vivo lo es, y con más razón el viable, ni con ese modo de hablar he decidido yo la cuestión del tiempo en que el feto principia á ser vividor. ¿A qué viene, pues, ese reto tan importuno? ¿Qué sacaría yo en limpio poniéndome á discutir lo que los mismos médicos están *discordes* en definir? ¿Qué importa á nuestra cuestión, si el feto es viable á los seis, siete ú ocho meses de la gestación? Esto podría á lo más tener aplicación cuando disputásemos sobre el parto anticipado; pero de ningún modo tratándose de la embriotomía, cuya ilicitud defiende en el primero, lo mismo que en el último mes de la gestación.

Y, ¿de cuál de dichas palabras deduce, en qué frase ha leído el Sr. Martínez *mi grandísimo error* de ser la vida del feto uterino *independiente* de la de la madre? Sin ser médico, no puedo menos de reconocer eso como un error, y aunque yo no lo hubiera reconocido así, aunque yo lo hubiese escrito en mis preliminares, no lo hubiera dejado pasar el Sr. Aguado con cuya aprobación los escribí; de modo que al pretender encontrar en dichas palabras un *grandísimo error* médico, que está muy lejos de haber en ellas, se menoscaba la reconocida ciencia de mi amigo el Sr. Aguado sin fundamento para ello; por eso, pues, llamo sobre ellas la atención del Sr. Martínez y de los que nos han leído.

Vamos al juicio de los teólogos sobre nuestra cuestión.

Digo en el primero de mis artículos, al exponer la doctrina de los autores: «Considerando al feto sin alma, algunos, aunque rarísimos autores, defendieron poder expelerle *directé* cuando así lo exigía la vida de la madre, pero la *inmensa mayoría*, solo creía poder expelarlo *indirectamente*.» Sobre lo cual dice el Sr. Martínez que sin duda una distracción mía ha hecho que invirtiese el orden de autoridades que apoyan el *directé* é *indirecté* sobre esta cuestión, afirmando que sucede al revés de lo que yo digo, fundado en que San Ligorio en su *Homo Apostolicus*, hablando de los que defienden el *directé* dice *multi* y en su *Theologia moralis* «*gravissimi auctores*», estén conformes con esta opinión.

Pues bien: Sr. Martínez, lejos de haberme distraído al poner así el orden de autoridades sobre el *directé* é *indirecté*, le aseguro que escribí ese período con todo conocimiento y deliberación perfecta, y en prueba de ello me ratifico en lo dicho y voy á demostrar su verdad con los autores en la mano.

Es cierto que San Ligorio en su *Homo Apostolicus* dice «*multi doctores*» defienden el *directé*, pero no es menos cierto que el Sr. Martínez ó estaba muy de prisa al leer estas palabras, ó ha callado (porque no le convenia decirlo) lo que, no muy lejos, sino solo *tres líneas* despues, sienta el mismo autor. «*Alii doctores communius hoc negant.*» Si pues segun San Ligorio *son más* los que defienden tan solo el *indirecté*; si esta es la opinión más comun, *communius*, ¿habré invertido el orden de estas autoridades?

Veámos su obra moral. También allí dice que apoyan el *directé* «*gravissimi auctores*» Y ¿que significa el superlativo *gravissimi*? ¿Significa acaso que son la *mayoría inmensa* como quiere el Sr. Martínez?

De ninguna manera: vease el *diccionario* y cualquiera se convencerá de que ese superlativo solo significa que dichos autores son de gran peso y autoridad, pero no muchísimos, y sin cansarnos en buscar su significación, nos lo dice el mismo Santo, que refiriéndose á esos

gravissimos cita á unos cuantos autores y continúa: «Pero la segunda sentencia (de los que apoyan solo el *indirecté*), *mas comun*, enseña lo contrario» (es decir, que no es lícito *directé*) y despues cita *muchos más* autores que en la otra; y si al citar los de la primera concluye diciendo *et alii*, al concluir los de la segunda dice: *et alii plurimi* y otros muchísimos. Vea pues, el Sr. Martínez en que vienen á parar sus citas, vean nuestros lectores donde están los errores que he cometido en las mías.

No quiero ser pesado en citar (*sin errores*) los textos que de varios autores tenía tomados en confirmación de esta verdad; solo le citaré los lugares donde puede verlos el Sr. Martínez y todo el que guste.—Guri, tom. 1.º, pág. 174.—Scavini, de Restitut in specie Q. 5.º—Neiraguet de occisione innocentis Q. 2.º—Gonet Theol. Dogm. de provabilísimo.—Biluart de abortu dico 1.º—Clericus, cap. 59, núm. 1.º—La Croix de homie. Dub. 4.º—Salmaticenses, tomo 3.º, pág. 256 etc., etc.

Entre los citados autores, ninguno hay, no digo que defiende esa opinión como más comun, sino que, ó dicen terminantemente que es más comun la que niega la licitud del *directé*, ó no hacen mención de la opinión en contra por no darle importancia, ó, como Salmaticenses, dicen que no puede defenderse ya la opinión opuesta, añadiendo que está comprendida en la proposición 34, condenada por Inocencio XI. ¿Se convence con esto el Sr. Martínez de que la *mayoría inmensa* de los teólogos está en contra de la ocisión *directa* del feto inanimado?

Pero esto no es lo que más interesa á nuestra cuestión: prosigamos, prosigamos el ajuste de cuentas con el Sr. Martínez,

«Suponiendo al feto animado (digo yo en mi primer artículo) ninguno, ningún autor he visto ni aun citado por otros, que haya defendido poder matarle dé un modo *directo*, ni por el fin más laudable, etc.» á lo cual contesta mi distinguido adversario: «Tampoco es cierto lo que consigna y sostiene nuestro contrincante en el anterior párrafo.» Para demostrarlo se apoya en San Alfonso de Ligorio, el cual, segun el Sr. Martínez, afirma que están en esto discordes los autores, porque no dice, *secundum omnes auctores*, sino *secundum plerosque*, segun los mas; luego segun otros, aunque sean los menos, es lícito matarle *directé*, y para no andar cierto, me cita un autor, llamándole nada menos que *con su nombre y apellido*, defensor de la doctrina contraria á la mía, que es Ludovicus Lopez, lo cual no creía yo tan fácil; y vayan todos viendo á un teólogo (algo menos) derrotado en su propia casa, en su inexpugnable fortaleza, y ¿por quién? por un profano á la teología, por un médico. ¡Pobre teólogo! digo, ¡pobre médico! Ya puede correr el Sr. Martínez á esas *personas versadas* y competentes (¿visten de negro?) en demanda de sus conocimientos, para ver si pueden sacarle medianamente librado del compromiso en que le han metido.

Interesa mucho á la dilucidación de nuestro punto controvertido saber si hay autores que defiendan lo contrario que yo; porque si hubiese uno solo que opinase lícita la ocisión directa del feto animado, aun por salvar la vida de la madre, callaría al momento, respetando su opinión, como respeto la de todos: *In dubiis libertas, in necessariis unitas sed in ononibus charitas*, dice San Agustín.

Por eso, y para poner al alcance de los que no pueden consultar sus obras, la unanimidad con que todos proscriben la *ocisión directa del feto animado* aun por salvar la vida de la madre, para que nadie confunda

las muy diferentes cuestiones que sobre la occision del feto suelen proponer, voy 1.º á separar las cuestiones, y 2.º á citar sus sentencias.

Sobre la occision del feto animado proponen las siguientes:

1.º ¿Es lícito provocar el aborto maliciosamente? Todos responden concordes: «de ninguna manera.»

2.º ¿Es lícito causar el aborto cuando se hace necesario para salvar á la madre? Distinguen todos diciendo, que el aborto puede causarse de dos modos: *directa é indirectamente*. Entre todos ellos, ninguno explica mejor estos adverbios, que Echarri (del aborto página, 353) donde dice: «causar el aborto *directe* es aplicar un medicamento que *directamente* sea causativo del aborto, con el fin de que no pierda la vida la madre: causarlo *indirecte*, es aplicar un medicamento que directamente se encamine contra el humor pecante de la enfermedad de la madre, aunque con el temor de que de háf puede resultar el aborto.» Son sus palabras.

Después, dejando á un lado el aborto, preguntan ¿si para salvar la vida de la madre es lícito causar el aborto *indirecte*, es decir tomando una medicina cuya virtud sea sanar á la madre? Subdividen la cuestion diciendo, que pueden ocurrir dos casos: 1.º Que si la madre no toma la medicina, mueran la madre y el hijo. 2.º Que aunque muera la madre por no tomar la medicina salvadora, no por eso muera *de cierto* el feto, sino que haya alguna esperanza de que sobreviva á su madre y pueda bautizársele, *aliqua spes vitæ et baptismi prolis effulgeat.*»

Propuestas así las cuestiones, veamos como las resuelven.

Sobre la primera, que es cuando no tomando la medicina que puede salvar á la madre, mueren los dos: Opinable; unos defienden que puede medicarse, otros que nó; pero la opinion más seguida es la de los que dicen que es lícito medicarse, porque entonces usa de su derecho poniendo una accion de suyo lícita, aunque con el temor de que resulte de ella un mal que no quiere ni intenta: *máximé*, siendo, como seria, inútil su sacrificio.

Sobre la segunda cuestion, es decir, cuando no se vé *de cierto* la muerte del feto, si la madre muere por no medicarse; cuando con la muerte de la madre se divisa *alguna esperanza* de que sobreviva el feto y pueda bautizársele, ¿podrá la madre tomar esa medicina, aunque de ella resulte la muerte del feto? (Téngase presente que se está hablando del aborto de un modo *indirecto*.)

Pues bien: aquí el famoso *plerosque* de San Ligorio; aquí encontramos á Ludovicus Lopez; aquí están las opiniones de Prado y de los salmaticenses; aquí en fin, todo el aparato de citas con que ha hecho creer á los que le han leído, que el Sr. Horcada ha cometido *gravísimos errores en sus citas de textos*, que le ha hecho ver lo que antes no veía, y saber lo que antes ignoraba: en una palabra, que *le ha derrotado en su misma casa*. Vea, pues, el Sr. Martínez cómo con esas citas está muy lejos de probar lo que intenta, vea el error que esas *personas versadas y competentes* le han facilitado con tanto desacuerdo como mal gusto, creyendo que San Ligorio habla de la occision *directa*, donde solo está hablando de la *indirecta*.

Para que nadie dude de que dichas citas se refieren á este punto, voy á copiar integro el texto de San Ligorio, el cual lo toma de otro autor. Habla de los casos arriba indicados y de la medicina cuya virtud es sanar á la madre, pero que puede destruir, como resultado, al

feto, y sobre este último caso dice: «Si vero cum morte »matris spes vitæ et baptismi prolis effulgeat, tenetur »mater *secundum plerosque* sub mortali abstinere ab omni remedio destructivo prolis, quia tenetur vitam corporalem exponere pro extrema necessitate spirituali infantis.» «Contrarium tamen docet Ludovicus Lopez.»

Luego lo único que dicen estos textos es, que «si »con la muerte de la madre hay, ó se divisa alguna »esperanza de que la sobreviva el feto y pueda bautizársele), »no puede tomar, está obligada á abstenerse de toda medicina que pueda destruir el feto, segun la *mayoría* de »los autores; aunque Luis Lopez enseña lo contrario.» Esto dice San Ligorio tomándolo de otros: después, desarrollando de su cuenta estas mismas cuestiones, dice que defienden poder en este caso medicarse la madre, no solo Lopez, sino tambien Holzman, los *salmaticenses* y Prado; y en confirmacion de que dichos autores y el Santo de quien hablamos tratan de la occision *indirecta*, ponen por ejemplo de estas medicinas, los baños, las sangrías, purgas, etc.

Díganos ahora el Sr. Martínez si el *plerosque* de San Ligorio se refiere á la occision directa del feto; díganos si Ludovicus Lopez defiende la occision directa del feto animado; calcule ahora si es *tan fácil como le parece* citar un autor en contra de mi doctrina; y para que vea lo persuadido que estoy de que no hay uno, *uno solo* entre los autores de moral, que defienda la licitud de la occision *directa del feto animado*, aun cuando de no matarle resulte su muerte, la de su madre y la del mundo todo, *reto* al Sr. Martínez, *reto* tambien á esas *personas versadas y competentes* en moral, á que me lo citen, ofreciendo reconocermelo vencido en esta discusion desde el momento en que me saquen *uno solo* (cosa muy fácil, segun el Sr. Martínez), advirtiéndole tan solo que no me contentaré con que me cite el *nombre* y apellido del autor, sino la cuestion íntegra con toda su resolucio, pues no buscamos aqui los nombres, sino las doctrinas de los autores.

Me parece que no puedo ofrecerles más, ni carece de atractivo la oferta. Pero si todavía insiste el Sr. Martínez en que Lopez defiende la *occision directa del feto animado*, si cree que he tergiversado el texto de San Ligorio, ó que en algun otro lugar que no ha visto el Santo, defiende dicho Lopez lo que él supone, fácil le será coronarse de gloria; cítenos, cítenos sus palabras, y se llevará la palma que disputamos. Le espero tranquilo.

Hemos visto ya con claridad lo que hay respecto de la occision *indirecta* del feto animado, y las distintas opiniones de los autores.

Hemos demostrado tambien que las citas del señor Martínez no tienen lugar en la occision directa, pues que todas ellas se refieren á la *indirecta*, y de lo dicho se deja ver, que lejos de ser yo el que hablo *ex cátedra* (1), es por el contrario el Sr. Martínez quien, con tono magistral y *ex cátedra*, nos quiere hacer creer que Lopez defiende tal absurdo, sin otra prueba que porque él nos lo dice *llamándole por su nombre y apellido*: no es razon que convence el decir solo «Ludovicus Lopez defiende esta opinion.» Recoja V. el *atrevido* reto arriba lanzado. ¡Pruebas, pruebas!

Oigan ahora el juicio de los autores sobre la occision *directa* que disputamos. Repito, que no he visto uno, ni aun citado por otros, que la defienda *en ningun caso*; y para que el Sr. Martínez no diga que hablo *ex cátedra*

(1) (Añádase)... porque proscribo un error de acuerdo con todos los autores y con pruebas.

al hacer creer á todos esta verdad, tan solo porque yo lo digo, citaré, ya que nó todos, al menos algunos de los autores que al efecto he consultado; y no citaré tan solo sus nombres y apellidos, como hace el Sr. Martinez con Lopez, sino sus palabras traducidas á nuestro idioma, para que todos las entiendan mejor, respondiendo de la exactitud de la version, que podrán confrontar en las citas que les haga.

San Ligorio (Opus mor. núm. 394. Q. 2.º). «Si el remedio tiende *directamente* á la occision del feto, como sería el *destrozamiento del útero*, la percusion del vientre, etc., esto en verdad *nunca es lícito*.» Aquí no pone opinion alguna, como las cita cuando la virtud natural de la medicina es sanar á la madre, v. gr., sangrías purgantes, etc. Y San Ligorio, que para escribir esta obra registró cientos de autores, ¿no pondría alguna opinion sobre esto, si en alguno de ellos la hubiese visto?

Echarri (lugar citado) «El médico no puede aplicar una medicina que *directamente* tienda al aborto del feto animado.»

Cuniliati, (tomo I, pág. 326.) «Entre las muertes de inocentes, figura en primera línea el aborto del feto animado» (expone las penas canónicas en que incurren los que le cometen), y continúa: «Del mismo modo comete homicidio, *nota bene* (son sus palabras) el que procura el aborto en el caso de peligro de que el feto muera con la madre; porque *nunca* es lícito matar a un inocente para salvar la vida de otro.» No puede decirse más claro.

Andrés Galano (tomo I, pág. 233) «*Está fuera de duda* que no es lícito á la madre que está en peligro de muerte, tomar una medicina para expeler directamente el feto animado, porque esto sería procurar *directé* la muerte del hijo...» (Continúa diciendo que son lícitos los remedios cuya virtud es sanar la madre, aunque con peligro del feto), y concluye. «Pero de ninguna manera son lícitos estos remedios, si por su naturaleza tienden á la occision del feto, porque estas cosas *nunca* son lícitas.»

Guri (lugar citado). «*Nunca* es lícito procurar *directé* el aborto, bajo pretexto de salvar la madre etc.» Después deduciendo, consecuencias de los principios que ha sentado antes, dice: «2.º cuando la mujer está embarazada no es lícito á los médicos, matar al feto para librar á la madre de la muerte.»

Scavini (lug. cit.) «Los remedios que se den á la madre no han de ser *per sé* nocivos al feto; como sería el *destrozamiento del útero*, *deliceralio uteri*, pues que entonces sería procurar el aborto *directé* (aunque no se intente la muerte del feto) porque la intencion *no muda* la naturaleza del remedio; este pues, para ser lícito debe ser de aquellos cuya virtud ó eficacia natural é *inmediata* sea curar la enfermedad de la madre; v. gr. sangrías, purgas, etc.

«Catalan (tomo 1.º de homic. 6.º). «Si el medicamento por su misma naturaleza es ordenado á la occision del feto, *nullatenus*, de ninguna manera, es lícito darle á la madre aun cuando no se tenga tal intencion de matar al feto.»

Por último, para no molestar con tanta cita como podría aducir, vean lo que nos dicen los Salmaticenses, cuya doctrina tan favorable á la suya cree ver el señor Martinez. En el tomo 3.º pág. 256, hablando de la occision del inocente, dice así: «Restanos ahora hablar de la occision del inocente que suele hacerse por medio del

aborto» (Pone al márgen que va á esponer lo que hay de cierto entre los autores) y en el cuerpo del texto continúa: «En lo que suponen todos los autores, que si el feto está animado, es á todas luces ilícito procurar el aborto por medios que *directamente* y por su misma naturaleza están ordenados á expeler ó matar la criatura, como dándola veneno, *destrozándola*, hiriéndola, ó por otros medios que por su misma naturaleza, *quæ per sé* conducen á tal efecto; antes bien, es un pecado de homicidio propiamente dicho, el procurar el aborto de este modo; y el que á él concurre *se hace irregular é incurre en las demás penas impuestas contra los que procuran el aborto*, pues que es occision injusta por sí misma, *per sé*; porque (aquí sigue lo mejor) es occision *directa* de un hombre inocente, la cual de ningún modo es lícita por peligro de infamia, de muerte ó de otro daño de la madre, *non enim faciendum sunt mala ut inde eveniant bona*,» y á continuacion cita un texto de San Ambrosio sobre esta cuestion que dice: «Si no puede socorrerse al uno sin dañar al otro, debe desistirse de ayudar á ninguno.»

Ahora bien: puede dudarse un momento, visto el modo tan terminante con que todos los autores deciden esta cuestion, sin que ninguno de ellos cite una sola opinion en contra, antes bien, aseguran que es cierto entre todos ellos: puede dudarse, repito, de que todos están conformes, de que no hay uno solo que opine en contra? ¿Es creible que ninguno de ellos hubiese visto algun autor que opinara de otro modo, si realmente le hubiese; ó que si le hubiesen visto lo callasen con un concierto incomprensible, diciéndonos todos á una voz «es cierto—está fuera de duda,—nunca—de ninguna manera, es lícito matar *directamente* al feto animado?» El creer esto se resiste al criterio menos sensato.

Luego tengo derecho, me sobran fundamentos para sentar como una verdad,

Que no hay un autor que defienda jamás la lícitud de la occision directa del feto animado.

LINO HORCADA, Pbto.

(Se concluirá.)

LITERATURA MÉDICA.

HISTORIA DE LAS CIENCIAS MÉDICAS, POR CH. DAREMBERG.—BREVE DEFENSA DE LA MEDICINA ESPAÑOLA.

Si bien hay gobiernos, y es uno de ellos el de Francia, que resisten porfiadamente el establecimiento en las Facultades de Medicina de cátedras destinadas á la enseñanza de la historia de esta ciencia, otros hay, como el nuestro, que largos años hace la admitieron en el cuadro de las materias que el plan de estudios abraza, y que ha seguido sosteniéndola, siquiera haya rendido escasisimo fruto.

¿Qué origen puede tener este desden por una parte, y por otra el mediano éxito alcanzado?

La resistencia de los gobiernos á completar la enseñanza médica con el estudio de la historia de la ciencia y de la profesion en todas sus aplicaciones, puede depender, y sin duda alguna depende: 1.º de no considerar como necesario tal conocimiento para el de la ciencia que más importa á los pueblos; 2.º de la inteligencia en que están, no sin fundamento, de que una materia privada de todo carácter espermental y practico, puede estudiarse muy bien por los que deseen completar su instruccion, sin

más auxilio que el de algunos buenos libros, y frecuentando las bibliotecas; y 3.º, en fin, de la dificultad, que no puede ocultárseles, de hallar profesores que reúnan la suma de conocimientos y de aptitudes indispensables para desempeñar tan difícil cátedra con mediano éxito.

Esta circunstancia última, ha impedido que en nuestras escuelas haya rendido ni aun mediano fruto la cátedra de historia de la medicina.

Tan raras dotes se requieren para desempeñarla dignamente, que tratándose ahora de establecerla en la Facultad de Medicina de París, por cubrirse casi del todo su asignación con un legado, se tropieza con muy serias dificultades para proveerla dignamente, pues que solo se cuentan tres formales candidatos, es á saber los Sres. Daremberg, Bouchut y Lorain, todos los cuales juntos, añadiendo algunas otras cualidades que les faltan, bien pudieran componer un profesor tal y como se requiere. No falta allí sin embargo alguna otra persona que tenemos por más competente que las anteriores, en particular como crítico; pero esa persona parece hallarse demasiado desdenada para que la Facultad fije en ella su atención, aun mereciéndolo tanto como lo merece.

Sin duda para hacer méritos, á fin de alcanzar la prebenda, ha publicado recientemente Mr. Daremberg la obra cuyo título hemos puesto al presente artículo; cuya obra hemos examinado con curiosidad, mas bien por el anhelo de confirmar ó rectificar el juicio que del autor teníamos formado, que por la esperanza de encontrar en aquellas 1.300 escasas páginas enseñanza de mucho valer.

No podemos decir que nos hemos llevado chasco: la obra de M. Daremberg nos ha parecido por más de un concepto inferior á sus pretensiones é infusas, y el hecho de haberla exhibido como muestra en la ocasión presente y para los expresados fines, viene á confirmarnos también en el concepto de mediano crítico que nos merecía... O la Facultad parisiense es en este punto, sobradamente fácil de contentar ó quedará acreditado que la obra flamante del profesor del Colegio de Francia, mayor eficacia ofrece para apartarle de la cátedra que solicita que para conducirlo á ella.

¡Qué amontonamiento de truncadas noticias é infundados conceptos, tan desordenado é incongruente; qué olvido al juzgar del estado de la ciencia en cada época y de su desenvolvimiento sucesivo, en conformidad al de las otras que la suministran conocimientos en el tiempo á que se hace referencia; qué crítica tan baladí; qué ligereza y qué falta de maduro estudio!

No es nuestro intento hacer un examen crítico detenido de esta obra; vamos a ceñirnos á la parte, *escasísima*, en que se refiere á la medicina española, para reivindicar algún tanto la parte de gloria que pueda caber á nuestro país en el movimiento de avance que la ciencia ha recibido durante los cuatro siglos últimos.

Y no presuma cualquier extranjero que esto lea, encontrar en nosotros alguno de esos jactanciosos y poco sensatos españoles que consideran á su patria como el más esplendente foco del humano saber: nada de eso, conocemos harto bien que en ciencias nos han sacado casi siempre alguna ventaja otras naciones, por efecto de diversas circunstancias que fuera inoportuno indicar aquí, pero principalmente por el carácter y las aptitudes de nuestra raza. Pero una cosa es engreirnos y proclamar en exagerados elogios propios, y otra resignarnos á representar en la historia de la medicina un papel in-

finitamente más humilde que aquel que nos corresponde, y á sufrir hasta insensatas burletas que nos rebajan.

Al hablar (pág. 314) de las obras publicadas en el siglo XV, que cita por cierto en número cortísimo, solamente hace mención de un autor español, Gordonio, y esto quizás se deba á la circunstancia de haber sido catedrático de la escuela de Montpellier; como si el *Liberium medicinarum* fuera la única obra de mérito debida á los médicos españoles en ese siglo, no obstante, la penuria general.

Creemos, sin embargo, que alguna mención merecían nuestro Alfonso Chirino, físico del rey D. Juan II de Castilla, que á fines de él escribió su *Espejo de Medicina*, mostrándose muy opuesto á las hipótesis que tanto han entorpecido y siguen entorpeciendo el progreso de la ciencia, en lo que indudablemente se adelantó mucho á su siglo; y también pudo dar alguna noticia de Julian Gutierrez, que publicó una muy notable obra sobre la litiasis, de Gaspar Torrella, Francisco de Villalobos y Pedro Pintor, siquiera por lo mucho que ilustraron la historia de la sífilis, asoladora plaga del final de ese siglo. Algo más podía decirse favorable á España al hacer una histórica reseña de esa centuria. Durante ella se fundaron en nuestra península las primeras casas de orates, como si dijéramos de *alienados*, para que nos entiendan mejor los galiparlistas. El año de 1409 se estableció la de Valencia, y las de Zaragoza, Sevilla y Toledo fueron fundadas en 1425, 1436 y en 1483.

¿No merecía tampoco ni aun la mención más ligera el hecho importante, y hoy día curioso, de hallarse establecida en España durante ese siglo cierta enseñanza práctica de la anatomía normal y patológica, como lo acredita, entre otros documentos, el privilegio otorgado por el rey D. Fernando, *El Católico*, á la cofradía de San Cosme y San Damian de Zaragoza, para anatomizar los cuerpos muertos del hospital de Santa María de Gracia? Ciertamente que en las Universidades no hubo cátedras de anatomía hasta que se creó una en Valladolid durante el reinado del emperador Carlos V, y fué encomendada á Rodríguez de Guevara; pero nos precedieron muy poco tiempo las Universidades de Montpellier y Bolonia. Además consta que se hacían disecciones, siquiera fuese muchas veces como á hurtadillas, en los hospitales y en las casas de algunos médicos y cirujanos.

No digamos en tiempo de Felipe II, sino en el de su padre, aun antes de la venida de Vesalio, se cultivaba ya en España la anatomía con bastante esmero, á principios del siglo XVI. Algo más adelante, eran muchos los buenos anatómicos que florecieron, y ahí están para acreditarlo, entre otras muy buenas obras para aquel tiempo, las de Bernardino Montaña de Monserrat, Andrés Laguna, Valverde, Jaime Steve, Luis Collado, Dionisio Daza Chacon, Luis Lobera de Avila, y muchos otros.

Eso que sienta Daremberg en una nota, de enseñarse en España la anatomía por maniqués en tiempo de Felipe II, no pasa de ser una ligereza de las que con tanta frecuencia suelen observarse en los libros franceses. Le ha bastado sin duda leer aquello que se cuenta por Morejonde las estatuas de seda inventadas por Tabar, para inferir que abundaban tales figuras anatómicas por todas partes, y que solo por ellas podía estudiarse la anatomía.

Sin buenos conocimientos anatómicos, mal hubieran ayudado al descubrimiento de la circulación de la sangre, casi hasta tropezar con él, el referido Luis Lobera de Avila, Valdés de la Plata, Bernardino Montaña de Mon-

serrat, Francisco de la Reina, el aragonés Servet y varios otros. Ningun país ayudó tan poderosamente al descubrimiento de Harveo, hecho más de ochenta años después. Tan próximos estuvieron nuestros antepasados á dar completa idea de la circulacion de la sangre, que nuestro difunto amigo D. Anastasio Chinchilla, algo ligero en sus juicios y no muy seguro en sus citas, sostuvo en un opúsculo, nueve años atrás, que realmente hicieron los españoles el descubrimiento; pretension exorbitante que rebatió con razones irresistibles, en las columnas de EL SIGLO MÉDICO, nuestro inolvidable y muy ilustrado compañero de redaccion, el Dr. Garofalo.

¿No habrá tampoco en el siglo XVI, que él llama el gran siglo de la España médica, cosa alguna honrosa que decir para la medicina española, que en aquella época de nuestra grandeza había alcanzado tanto esplendor como la que más, en medio del movimiento de avance que se advertía en todas las naciones y en todos los ramos del humano saber? ¿Formarán idea alguna de ese siglo, tan fecundo y de tan pasmosa actividad literaria, los que vean solamente citados los nombres de Cristóbal de Vega, Valles, Bravo, Mercado, (de quien solo se dice que fué uno de los más grandes clínicos de su siglo), y en fin Rodrigo de Fonseca? Si historia se propuso escribir el aspirante á la cátedra que va á establecerse en París ¿por qué no la escribió? Y si no era ese su propósito ¿por qué llama á su libro *Historia de las ciencias médicas*?

Bien se conoce que con todo de saber tantos idiomas, ó hacer gala de ello, desconoce el habla de Castilla, hasta el punto de no haberse podido enterar de lo que en sus libros han escrito nuestros Morejon y Chinchilla: en otro caso hubiera dicho algo de los numerosos traductores y comentadores de Hipócrates; de los mencionados escritos en que se dá buena noticia de la circulacion de la sangre; de las muchas é importantes obras sobre el tabardillo ó fiebre punticular; del arte de enseñar por señas á hablar á los mudos, inventado, por los años de 1530, por Fray Pedro Ponce de Leon; del original y curiosísimo libro de doña Oliva del Sabuco, y de otros muchos y peregrinos adelantamientos. Y nuestros numerosos y buenos autores médicos de ese siglo hallarian al menos ligera mencion, sobre el elogio que á muchos de ellos es debido.

Ocorre al presente una cosa singular con los historiadores de las ciencias médicas: que desprecian soberanamente los conocimientos de los siglos anteriores, al advertir que no se adoptan y conforman con los del día, y los desechan ó censuran ágridamente, colmando acaso de injurias y tratando de ignorantes á los que fueron en su época sábios de primer orden. Ignoramos si esta jactancia ha existido siempre, aunque nos parece característica del siglo actual; pero es sin duda en los historiadores más de extrañar que en las otras gentes. En primer lugar, los estudios de su afición han debido advertirles que las más vistosas galas de hoy quedan reducidas mañana á míseros guiñapos, por lo que no deben engreirse con la posesion de cosa tan perecedera; y además de esto, si para algo han de servir sus historias, mejor es para enlazar los conocimientos de una época con los de otra, advirtiéndole su sucesion y progresivo desarrollo, que para romper duramente con lo pasado, sin considerar que fué preciso para llegar á lo presente, y que esto mismo de ahora sufrirá el propio desprecio en tiempo brevísimo.

Más dejando á un lado el poco aprecio que M. Da-

remberg hace, en su conato de historia, de la medicina española hasta llegar al siglo XVIII, porque al cabo si hay olvido en todo aquel trecho, no hay al menos ultrajes, vengamos á este siglo que se acaba de citar, donde ya suelta la presa de sus imputaciones ofensivas, sin consideracion ni aun de su propia honra científica, antes dando clarísimas muestras de hallarse impregnado en las preocupaciones del día; porque es de advertir que todos los siglos tienen sus preocupaciones, sus acariciados errores y hasta sus delirios más ó menos ridículos y duraderos.

No queremos privar á nuestros lectores del siguiente trozo de historia, que les servirá para conocer el fuste y la tendencia de la obra del flamante historiador francés, ahorrándose por tanto los ocho escudos que les costaría; el cual trozo podrá servirnos de paso para algunas breves reflexiones.

«Si se consulta (pág. 1.236) á los historiadores de la medicina española, Morejon y Chinchilla, toda la España se encontraria llena durante el siglo XVIII, de Hipócrates, de Galenos y aun de Leibnitz y de Newton desconocidos. Sin embargo, los mismos historiadores confiesan ingenuamente (hay que alabar está franqueza) que los médicos españoles nunca han aceptado voluntariamente las inovaciones, y que como verdaderos provinciales seguian las modas cuando nadie las queria en la capital. Repiten hasta la saciedad estos historiadores que es necesario atenerse al método de Hipócrates, método que no comprenden ni en la generalidad ni en sus detalles, y apelan asimismo á la experiencia y á la observacion; pero justamente no se hallan al corriente de casi ninguno de los procedimientos de la experiencia y de la observacion. Sin embargo debe advertirse, en descargo de los médicos y de sus biógrafos, que la libertad de pensar no ha reinado jamás en España, y que la medicina apenas si ha roto todavía las travas de una metafísica reputada ortodoxa y de la teología. Si la medicina española, en el XVIII siglo, no ha sido muy poderosa ni muy original, ha sido en cambio, fuerza es confesarlo, muy fecunda; y fuera mostrar demasiado desdén ó excesiva ignorancia el negarla un lugar en los resúmenes de historia de la medicina. Al menos no deberá olvidarse á Piquer.

«Es lo cierto que en Francia son excesivamente raros y cuestan mucho los libros españoles, y tambien que su lectura no siempre es muy divertida; pero cesan los pretextos para un completo olvido, desde que poseemos las historias analíticas, ó más bien las bibliografías de Morejon y de Chinchilla; por cuanto, sea cual fuere la opinion que se tenga respecto á sus procedimientos históricos, y cualesquiera que sean los juicios que emiten acerca de sus compatriotas, no son sus libros menos instructivos.»

¿Qué les parece á nuestros lectores? ¿Descubren en todo esto algun indicio de aquella prudencia y madurez de juicio que se requiere para desempeñar el papel de historiador?

El postrero de dichos párrafos, en que se nos informa de lo desconocidos que en Francia son los libros españoles, sobre todo si añadiera que tambien lo es el idioma, serviria perfectísimamente á M. Daremberg de disculpa á los vacíos que deja, á las ligerezas en que incurre y á tales cuales detalles que se le escapan si modestamente lo confesará. Quien no tiene libros, ni conoce el idioma en que estan impresos, mal puede hallar en su lectura instruccion deleitable, dado caso que pudieran

ser hoy muy *gustosos* los libros de medicina de los siglos anteriores, sea cual fuere el país en que se hayan publicado. Para leerlos y hacer de ellos la correspondiente digestión intelectual, se requiere muy formal afición histórico-bibliográfica, y á más de esto aptitud de historiador y despreocupada instrucción.

A ninguna persona sensata y medianamente entendida en estas materias, puede ocultarse que los numerosos Hipócrates y Galenos etc., que hubo en España durante el siglo XVIII y el que le procedió, serían tan Galenos y tan Hipócrates como los de las restantes naciones de Europa, y acaso algo mejores, dada esa prudencia que les inclinaba á rehusar las novedades hasta que la experiencia las valorase. ¿Dá mayores pruebas de sensatez que de cortesía quien trata de *provinciales*, en son de befa y de insulto, á los reflexivos y cautos médicos españoles, por no admitir las modas apresuradamente? Por que es lo cierto, que muchas pasan hoy, como en los anteriores siglos, desapercibidas, ó quedan desde luego desechadas, aun cuando en la capital tengan buena acogida.

Por muy traductor que sea, en sociedad comanditaria, según cuentan, el historiador francés de las obras de Hipócrates y de otros autores viejos, y por muy alto y descomedido el grado á que llega su presunción de crítico, nos inclinamos á creer que no alcanzaria, siquiera cuente con grandísima soltura de piernas, á acercarse al Dr. D. Antonio Morejon en la inteligencia de la doctrina y método de Hipócrates, que por largos años enseñó con lucimiento en el aula y en la clínica de que era profesor. Quedariase Daremberg, cuando mucho, al nivel de nuestro Chinchilla, busconcillo de libros, de ingenio vivaracho y poco sentado juicio, que con ligereza y escasísimo criterio decia lo que le venia á la boca, ó soltaba irreflexivamente en el papel lo que á la pluma acudia, ni más ni menos que si fuera un Daremberg español.

En cuanto á las observaciones y la experiencia, habrá de convenir el historiador que censuramos, en que son de rigor en medicina, y lo han sido en todo tiempo desde antes que el baron de Verulamio pareciese por el mundo; y es muy natural que en España apelaran á ellas los expresados autores, siquiera se limitasen á los medios de análisis posible cuando escribían. ¿Pretende acaso que en el primer tercio de este siglo conocieran los Sres. Morejon y Chinchilla todos los medios analíticos y de exploración que en la actualidad se conocen? En aquella época, eran la experiencia y la observación en España lo propio que en Francia y en las de más naciones cultas de Europa, y á venir á cuento en la historia de la medicina de los siglos anteriores, ya hubieran acreditado que estaban al corriente de todos los conocidos hasta entonces.

Pero en lo que de un solo envite se acredita como observador, como filósofo y como formal y finísimo crítico, es al decir, en descargo de los médicos, que la *libertad de pensar no ha reinado jamás en España*. Pues se ha pensado no obstante, y ahí verá V.; mientras que, tenga la libertad que quiera para ello, se acredita de muy endeble pensador quien tales cosas escribe. Un poco más adelante, confiesa que la medicina española, si no fué en el siglo XVIII muy *poterosa* ni muy *original*, ¿cómo puede saber esto quien no ha leído ni entiende los infinitos libros españoles? fué en cambio *muy fecunda*... ¿A quién no maravilla este fenómeno de haberse escrito numerosas obras *sin pensar*?

¿Qué libertad de pensar había por esos tiempos en los otros pueblos, de que el nuestro se viera privado? Fuera de las cosas relativas al dogma y á la moral, ¿cuando se ha puesto dique al pensamiento humano en España? ¿Preocupaciones vulgarismas de los tiempos, en que caen muy á menudo los espíritus fuertes!

Fuesen la metafísica y la teología lo que quisieran (que nunca podían ser muy del gusto del positivista Daremberg), ¿cómo habían de meterse á impedir los adelantamientos de la medicina? ¿Podría, en su confusa y enredosa erudición, citarnos alguna prueba de intolerancia en medicina, ni aun durante el reinado de Carlos II? Pues si jamás se ha sabido, ni aun se ha dicho, que médico alguno haya encontrado obstáculos para cultivar sus estudios científicos ni publicar sus pensamientos sobre las materias de su competencia, ¿qué podrán importar aquellas trabas, de todo punto extrañas á las ciencias médicas?

Podrán aducirse, como únicas pruebas, las pocas encomiendas que sufrieron las obras de doña Oliva y de Huarte; pero ni aun esto alcanza, porque nada acredita mejor la libertad en la publicación que ese hecho de un ulterior é insignificante expurgo. ¿Tan libre andaba en Francia, no digamos el pensamiento, á quien no hay forma de oprimir, sino la libertad de emitirlo, hasta fines del siglo XVII?

No incurra un historiador, que pretende pasar por hombre de provecho y cuya corta edad no puede servirle de disculpa en ese linaje de preocupaciones, y crea que antes del presente siglo se hubieran podido publicar sin inconveniente alguno en España obras como las de Wirchow, Bernard, Gavarret, etc., etc., sin que la psicología ni la teología se metieran con ellas, en tanto que no ofreciesen un carácter claramente materialista y ateo.

Sigue hablando de Piquer, único autor español que ha hecho á los franceses alguna gracia; un poco de Casal, merced al *mal de la rosa* ó sea *pelagra*, y para eso sin confesar plenamente que haya sido el primero á tratar de ella; de Alcinet, Torres, Capdevila, Luzuriaga Masdevall, Lafuente, Salvá y otros... Y aun aquí, como de pasada, dirige un insulto á España, calificándola de *país retrógrado* justamente al hablar de la propagación de la vacuna, cuando es lo cierto que no ha habido nación en la tierra donde tan bien se recibiera y con tanto entusiasmo se propagara el descubrimiento de Jenner, llevándole á Canarias, Puerto-Real, Caracas, la Guaira, la América del Sur, la Habana, Yucatan, y en una palabra, á todas las posesiones españolas de América, y despues á las islas Filipinas, al archipiélago de las islas de Visaya, á Macao y á Canton, desde donde se extendió á toda la China. ¿Ignora el famoso historiador la expedición gloriosísima de D. Francisco Balmis, dispuesta con dicho fin por el gobierno de este *país retrógrado*, el año de 1803, es decir, nueve años despues de haber hecho público Jenner su descubrimiento? Pues si no lo ignoraba, no debió soltar con tanta inoportunidad un insulto contra la nación española; y en caso de ignorar cosas de tanto bulto, haría bien en aprenderlas antes de meterse á historiador. La España, que había sido una de las primeras naciones á admitir la inoculación, no podía dejar de ser tambien de las primeras á acoger favorablemente la vacuna.

Suele decirse que basta un boton para muestra, y lo dicho sobra ciertamente en vindicación de la medicina patria, así es que para demostrar lo que es la obra de

Daremborg, solamente añadirémos que en el *totum revolutum* que la constituye, con referencia á España y al siglo XVIII se dice de Solano de Luque, «que llevó el estudio del pulso hasta sus últimos detalles,» lo cual prueba que se sabía observar hasta con exceso; que Gimbernát describió el ligamento de su nombre; que escribieron sobre Hipócrates, Boix y Moliner, y en fin (¡ahora viene la más gorda!) que el método del agua con que se metió tanto ruido en el expresado siglo á nombre de D. Vicente Perez, sugirió la idea del personaje del *Gil Blas* Sangrado, que suele entre los españoles llamarse Sangredo, siguiendo la traducción del P. Isla.

Ahora bien: M. Lesage publicó la primera parte del *Gil Blas* en 1715, y la continuación en 1724 y 1735, mientras que D. Vicente Perez (el llamado médico del Agua), sacó á luz su *Secreto á voces*, ó más bien el de don Vicente Ferrer Beaumont, (pues nadie ignora que Perez nunca pasó de un testafarro) hasta 1753. Es peliagudo problema el de averiguar cómo pudo soplarle lo del método del agua con tantos años de anticipación á M. Lesage y el D. Vicente Perez, si médico le quiere, ó el Sr. Beaumont si le prefiriese fraile; que la travesura mejor parece de astuto conventual que de asendereado médico de partido. A más lejanos tiempos, en que esto del agua anduvo ya por España, hubiera podido referir mejor la idea que produjo un personaje como el del doctor Sangrado ó Sangredo.

Hagamos aquí punto, advirtiendo que si un bibliomano buscon, y de paso instruido y buen crítico, se pusiera á revolver los entresijos al centón que Daremborg ha sacado á luz con el título de *Historia de las ciencias médicas*, en la cual si algo resplandece es el desórden, la lijereza y falta de criterio, habría encontrado tarea para muy largo tiempo. Nos faltan el vagar, el gusto y la voluntad para ello, sobre faltarnos también las especiales dotes que hemos apuntado.

Z. VELA DE MORAN.

PRENSA MÉDICA EXTRANJERA.

Toxicología de la estriquina; la rana como reactivo de este veneno.

No son raros los envenenamientos por la estriquina, y por ésto son importantes los estudios hechos acerca de esta sustancia para las investigaciones toxicológicas. El Sr. Meymott Tidy ha publicado una Memoria que contiene observaciones muy interesantes.

La estriquina, cuyos caracteres físicos son bien conocidos, puede descubrirse en cualquier cuerpo por la acción de los reactivos químicos. Entre estos, el ácido sulfúrico y el bicromato de potasa, que adicionados á una disolución de estriquina, producen un hermoso color de violeta, no merecen segun Tidy toda la confianza que en ellos se tiene, porque la reacción puede modificarse por la presencia de ácidos vegetales, de la goma, del azúcar, del cloruro de sódio, de tártaro estibiado ó los nitratos. Segun él, es preferible sustituir el bicromato de potasa por el peróxido de plomo ó de manganoso. Se coloca la sustancia sospechosa en un plato blanco, y se añade una gota de ácido sulfúrico concentrado, completamente desprovisto de ácido nítrico, y una cantidad muy pequeña de peróxido de plomo ó de manganoso; se mueve con precaución con una varilla de cristal, y al momento se ve ponerse la mezcla de color azul, que pasa rápidamente al violeta; despues poco á poco al rojo, y en fin, algunas horas despues al amarillo de canario. Debe decirse que en este último experimento la presencia de los nitratos dificultará la reacción; pero no son obstáculo el cloruro de

sódio y el tártaro estibiado, y operando cuidadosamente con el peróxido de plomo ó de manganoso, el autor ha conseguido descubrir 1/5000 de grano, mientras que con el bicromato de potasa solo ha podido comprobar la presencia de 1/3000 de grano.

En esta reacción tan sensible, probablemente es el oxígeno que se desprende quien obra en estado naciente sobre la estriquina. Fundándose en esta idea el Dr. Letheby, ha discurrido investigar la estriquina, dirigiendo sobre la sustancia que se analiza el oxígeno obtenido con una corriente eléctrica. De este modo se evita todo error por los mismos reactivos, y en un caso de envenenamiento por el alcaloide en cuestión, Tidy declara haber empleado este procedimiento obteniendo un resultado muy satisfactorio.

El iodo es un precioso reactivo de la estriquina. En efecto, si sobre una lámina de cristal se deposita, una gota de ácido acético, se añade una corta cantidad de una disolución alcohólica de iodo para producir una ligera coloración amarilla y despues la estriquina, se vé aparecer inmediatamente el color rojo oscuro intenso, que en el espacio de algunos minutos pasa al amarillo anaranjado. Esta reacción permite, segun el autor, reconocer 1/2500 de grano de estriquina.

El ioduro de potasio dá con este alcaloide un precipitado de color de ambar, que permite descubrir 1/3000 de grano. Además de estos y otros reactivos, como el ácido picrico, el cloruro de oro y el bicloruro de mercurio, deben fijar la atención del toxicólogo los síntomas producidos por la estriquina en la rana, cuyo animal es muy sensible á la acción de esta sustancia. Una disolución tan débil que con los reactivos produce coloraciones dudosas, cuando se inyecta en la piel de una rana, presenta fenómenos característicos. El Dr. Harley afirma, que la inyección en los pulmones de una rana, de 1/18000 de grano, determina convulsiones tetánicas en el espacio de 9 minutos, y que el animal muere á las dos horas. Inmediatamente despues de la administración del veneno, el animal queda tranquilo; despues sobreviene una ligera dificultad de respirar, que no tarda en aumentar considerablemente; se nota en todo el cuerpo un ligero temblor, mayor en las patas posteriores; luego aparecen los movimientos convulsivos y el tétanos. Segun el Sr. Harley se observa más comunmente el emprostotonos que el opistotonos, al contrario de lo que sucede en el hombre.

El Sr. Tidy ha provocado convulsiones en el espacio de 30 á 45 minutos, inyectando 1/2000 de grano de estriquina en la piel del dorso ó en el peritoneo de muchas ranas. Operando con mucho cuidado en una rana muy pequeña, ha visto presentarse convulsiones 38 minutos despues de la inyección en el dorso de 1/5000 de grano, y aun en otro caso ha observado un temblor convulsivo que apareció 40 minutos despues de la inyección de 1/8000.

Un hecho importante es el saber cuanto tiempo despues de la muerte puede encontrarse el veneno. La estriquina se destruye tan poco en la sangre que se encuentran indicios más ó menos apreciables en la orina y en la secreción cutánea de los sujetos que la han usado á dosis medicinal. Mezclada con las materias animales y vegetales en putrefacción ó fermentación, no se descompone. El hecho habia sido demostrado respecto á la fermentación por los Sres. Larocque y Thibierge. Hé aquí un experimento decisivo respecto á la putrefacción referido por Tidy.

En Mayo de 1856, el Dr. Lettebi habia introducido tres centigramos de estriquina en un frasco de boca ancha, con un extómago de perro y un trozo de higado humano. Este frasco quedó olvidado hasta el año 1869, esto es, doce años despues. Se hizo el análisis, y se reconoció de un modo evidente la presencia de la estriquina. El Sr. Rodger ha encontrado tambien este alcaloide en un cuerpo enterrado hacia un año. La dificultad grande será si ha pasado mucho tiempo entre la ingestión del veneno y la muerte, porque habrá sido eliminado de la economía. Pero sino se ha eliminado, la estriquina no se descompone en los órganos y el toxicólogo debe encontrarla en cualquier época que haga las investigaciones.

Causa de los síntomas cerebrales en la neumonía infantil de forma cerebral; por el profesor STEINER DE PAGA.

Se sabe hace ya mucho tiempo, que la neumonía lobar que sobreviene como complicación en el crup, vá acompañada frecuentemente de síntomas cerebrales alarmantes: la enfermedad parece más bien una meningitis que una inflamación del parenquima pulmonal, y sino se investigan con cuidado los fenómenos físicos se cometerán errores de diagnóstico.

Si bien es completa la sintomatología de esta neumonía, hasta ahora no se ha hablado de las causas de estos accidentes cerebrales. El profesor Steiner se propone estudiarlos con detalles.

En primer lugar, el autor cita la predisposición de los niños en general á experimentar la impresión de una flegrmasia cerebral, á título de simpatía, mientras hay otras inflamaciones parenquimatosas. Estos accidentes se producen con tanta mayor facilidad cuanto más jóvenes es el niño. Al lado de esta predisposición general, hay otra que llamaremos individual y que debe tomarse en consideración. Los médicos antiguos admitían un temperamento nervioso, particular de ciertos niños y aun de familias enteras; pero el autor no puede participar de la opinión de algunos prácticos que consideran esta constitución nerviosa como la causa única de los fenómenos cerebrales. Considerálos como un simple factor que no tiene importancia sino cuando hay otros.

Otra causa, quizás la más importante de todas, es la elevación considerable del calor animal. El aumento de temperatura determinado por las enfermedades febriles, provoca muchas veces en efecto una hiperemia del encefalo. Después de los exantemas agudos, y particularmente la escarlatina, la neumonía crupal es la afección de la infancia en que llegan á mayor grado la temperatura y la frecuencia del pulso. Algunos autores pretenden que en los casos que es difícil el diagnóstico, al principio de una enfermedad por ejemplo, se debe dar gran importancia al valor de estos signos. Parece demostrado al autor que esta elevación del calor animal es una causa de irritación que se dirige á la sustancia cerebral, determinando los fenómenos cerebrales indicados.

Esto es tan cierto, que las alternativas de agitación y colapsus, las convulsiones que se notan al principio en los niños con neumonía crupal, disminuyen y aun cesan completamente cuando la temperatura desciende de 40° á 39, 38 ó 37. En la época de la dentición, los fenómenos cerebrales se desarrollan con tanta más facilidad y violencia cuanto que durante este periodo el cerebro tiene más tendencia á sufrir la influencia de las causas irritantes. Según Rilliet y Barthez las convulsiones en la neumonía de forma cerebral se manifiestan sobre todo en los niños pequeños, cuando la dentición es difícil. El profesor Steiner ha observado los mismos signos en niños de mucha más edad, de 8 á 10 años, y en estos casos los síntomas van siempre acompañados de una fiebre intensa.

Una causa indirecta de los síntomas que se observan al principio y en el curso de una neumonía crupal es sin contradicción la hiperemia consecutiva de las meninges y del cerebro. Está hoy bien demostrado que las alteraciones de la circulación terminada por la flegrmasia del parenquima pulmonal tienen eco en los órganos lejanos, y provocan congestiones peligrosas. Así, al principio de una neumonía no es raro encontrar en la piel grandes placas, sin límites precisos, de color rojo escarlata; estas no tienen ciertamente otra causa que la hiperemia ya existente. Se encuentra al mismo tiempo la orina albuminosa; la razón de este hecho es la misma, la hiperemia concomitante del riñón. A la propia causa se refiere la hiperemia cerebral, que se exagera rápidamente por la violencia de los síntomas febriles.

Tratamiento de las fracturas de las articulaciones por armas de fuego; por el Sr. LANGENBECK (de Berlin).

El Sr. Langenbeck insiste en que la cuestión del tratamiento por el método expectante, por la resección ó la amputación, se resuelva en el momento mismo de la primera cura; con tanta más razón cuanto que las

fracturas por armas de fuego, ya de los huesos ó de las articulaciones, pueden muchas veces curar tan fácilmente como las fracturas no complicadas con heridas, siempre que se inmovilice la extremidad antes de trasportar el herido. En los casos de heridas por armas de fuego del hombro ó del codo en que la articulación se halla interesada, la resección está indicada siempre. De 18 heridas por armas de fuego en la articulación de la rodilla, debidamente observadas y tratadas por el método expectante, 14 curaron y solo 4 sucumbieron; resultado tanto más brillante cuanto que gran número de estos heridos conservaron cierto grado de movilidad de la rodilla. La amputación inmediata, ó si el herido no consiente, la resección de la rodilla, será urgente cuando los condilos estén magullados al mismo tiempo que las partes blandas se hallen muy desgarradas ó que se trate de graves lesiones del haz nervioso-vascular; pero cualquiera otra lesión de la rodilla por arma de fuego, indica el método expectante. Se abstendrá el cirujano de toda exploración del trayecto de la herida, que no hará más que destruir la oclusión por los coágulos primitivos y así dar acceso al aire y provocar nuevas hemorragias; pero se inmovilizará inmediatamente la rodilla hasta el momento de la curación, absteniéndose de practicar aberturas antes de que el herido haya llegado á un hospital fijo, y limitándose á marcar en la superficie del apósito el sitio de las heridas. El transporte por los ferrocarriles, es muy bien soportado aun á grandes distancias; hecho importante, pues que permite la diseminación de las víctimas de la guerra, alejando así influencias perjudiciales del campo de batalla.

Además de la inmovilidad de la rodilla, se hacen aplicaciones frías durante los primeros días, y después curas simples con hilas empapadas en una disolución de permanganato de potasa ó de ácido carbónico; á veces se ha recurrido á las sanguijuelas ó á pequeñas incisiones, pero nunca grandes como lo recomendaba Petit, aun cuando haya una inflamación supuratoria de la articulación.

En cuanto á las heridas del pié, el célebre profesor de Berlin recomienda acudir á la resección de los fragmentos y á la inmovilidad, y en casos necesario á la resección subperióstica de la articulación, más fácil como operación consecutiva que como primaria, y seguida siempre de una consolidación ósea.

Orquitis blenorragica; uso tópico del nitrato de plata.

Si la experiencia llega á confirmar el resultado de dos observaciones de orquitis blenorragica publicadas por el Dr. Mac Girard, podrá decirse que se ha encontrado el específico de esta afección: no se necesitan ya las sanguijuelas, las punciones múltiples, las pomadas mercuriales, el reposo forzado ni las corrientes continuas: se obtendrá la curación inmediata de la orquitis cubriendo el lado enfermo del escroto con una compresa mojada en la disolución siguiente:

Nitrato de plata..... 1 gramo.
Agua destilada..... 100 gramos.

Si á las ocho horas no se ha obtenido ningún resultado, se aumenta la cantidad de la sal hasta 3 gramos, en la misma cantidad de vehículo.

El Sr. Girard, resume así los dos hechos que le autorizan para recomendar esta medicación tópica.

Dos obreros que vivían solo de su trabajo, quieren curarse pronto de una orquitis blenorragica. En ambos casos el dolor es tan intenso que no permite la estación vertical ni el andar. El Sr. Girard prescribe la aplicación del remedio indicado. En doce horas ambos enfermos están ya de pie; por toda precaución les aconseja el autor un suspensorio, y por la noche la aplicación del remedio ya empleado.

ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

Sesión literaria del 31 de Marzo de 1870.

Leída y aprobada el acta de la sesión anterior, se dió cuenta de haberse recibido varias obras, entre ellas

tres del doctor Jongh, que se hallaba presente, y dió algunas explicaciones sobre ellas á la Academia.

Dijo, que sus experimentos habian demostrado la superioridad del aceite oscuro de bacalao sobre el aceite claro, y que habia descubierto un medio de apreciar fácilmente y en poco tiempo la cantidad de iodo contenida en cada aceite.

En seguida usó de la palabra el Sr. Santero, para continuar la exposicion doctrinal que habia iniciado en la precedente y recapituló lo que, respecto á la unidad morboza, habia dicho en la sesion anterior, resumiéndolo en las siguientes conclusiones:

1.º Que entiende por unidad morboza el estado solidario en que se hallan los fenómenos representativos de toda enfermedad y la causa que los determina, bajo el orden constante las que rige en su evolucion.

2.º Que el conjunto de las unidades morbosas particulares, comparadas entre sí, conducen por lo que tienen de general ó comun, al reconocimiento de la unidad de la especie; como las especiales llevan de igual manera á establecer la del género, y las genéricas á las de la clase; subordinándose todas á la unidad del sistema que guia al entendimiento para la práctica.

3.º Que sin el reconocimiento de esta serie de unidades en progresiva escala, no es posible ninguna clasificación nosológica; y que, sin el auxilio de estas, tampoco es fácil una la práctica ilustrada, incurriendo así en la esterilidad del empirismo puro.

4.º Que en la alta esfera de las unidades clásicas no pueden reducirse estas á una ó dos solamente, como base de todas las enfermedades conocidas, en cuyo error incurrieron los sistemas dinamistas dicotómicos, y el anatómico-fisiológico de Broussais; por haberse de reconocer necesariamente la esencialidad de las que consisten en la perturbacion de las fuerzas ó propiedades activas, que no es única, ni lo son tampoco estas.

5.º Y por fin: que los clínicos que han observado y escrito sobre las constituciones epidémicas, distinguiendo se en estos trabajos los del siglo pasado, han hecho conocer el influjo de las intemperies atmosféricas sobre las enfermedades producidas, marcando la unidad patogénica en que todas concurren, cualquiera que sea su forma, por el elemento morbozo que cada intemperie determina, en virtud del cual se modifica su modo de ser, su curso, y hasta la indicacion que reclaman.

Después de este recuerdo entra en la materia del día manifestando, que de lo expuesto sobre la unidad morboza se desprende el conocimiento de los elementos morbosos; los cuales vienen á ser la causa que produce y sostiene los fenómenos representativos del mal, que, en evolucion bajo un orden propio y determinado, constituye la unidad de cada caso, comprendida en las respectivas de especie, género y clase.

El elemento morbozo, dijo, se encuentra entre la causa morbífica que produce el cambio interno anormal, sin el que la enfermedad no existe, y los síntomas que de este dependen y le dan á conocer en su ordenado desarrollo. Consiste, pues, en el hecho inicial de todo estado patológico; en el cambio anormal verificado por una causa morbífica en los elementos vitales ó condiciones esenciales de la vitalidad, que es el origen del afecto morbozo constituido; siendo, por fin, lo que se ha llamado causa próxima de la enfermedad.

De aquí se deduce la existencia real de los elementos morbosos, pues sin ellos no hay enfermedad posible; y existiendo positivamente, debe haber la teoría que comprenda su conocimiento, y le haga aplicable á la práctica.

Las ventajas y hasta la necesidad de este conocimiento son indudables, por cuanto sin él, como ya he dicho, no hay clasificación nosológica fundada, que agrupe por sus atributos las especies morbosas; y careciendo de este guia, no se puede hacer un diagnóstico y pronóstico acertado, ni establecer una terapéutica fundada en una recta indicacion.

Por esto la expresada doctrina de los elementos morbosos, iniciada por el jefe de la Escuela clínica, el respetable Hipócrates, y definida ya por Galeno, ha sido cultivada y profesada por los prácticos más distinguidos de todas las edades hasta las nuestras, que forman el laurel de aquella Escuela. Y tan necesaria aparece, que hasta los mismos organicistas, más cercanos á los empíricos que á los vitalistas, la han adoptado á su manera.

Con ella se maneja el práctico, y sobre todo el principiante, en el difícil trabajo de interpretacion del modo de ser la enfermedad que se tiene á la vista, cuando, recogidos los datos conmemorativos y los síntomas que la representan, y reducidos estos, después de agrupados metódicamente, á las afecciones simples que por sí constituyen, hay que buscar las relaciones de causalidad, de asociacion ó de coexistencia que entre ellas exista, en el caso de ser dichos afectos más de uno como acontece de ordinario.

Con el método analítico así empleado para llegar á las determinaciones del elemento ó elementos morbosos que forman la base constitutiva de la enfermedad cuyo diagnóstico se busca, es como se llegan á marcar los casos de padecimientos complejos, tan comunes bajo las constituciones epidémicas que dieron perfectamente á conocer los eminentes clínicos Huxhann, Zimmermann, Stoll y otros muy distinguidos, y han hecho olvidar, con graves perjuicio para la práctica, las nosografías orgánicas de los tiempos que acababan de precedernos. No de otro modo se pueden diferenciar las especies de neumonia catarral, biliosa y adinámica, ni los cólicos inflamatorio y bilioso, ni otros casos de complejidad, que no se puedan tratar con el mismo plan que exigen las respectivas especies simples, pulmonia francamente inflamatoria, cólico espasmódico, etc., sin torcer la indicacion y producir perjuicio en vez de ventajas.

La pulmonia franca requiere el plan antiflogístico con toda la amplitud que permitan las fuerzas del enfermo, y la biliosa, catarral y adinámica, imponen al clínico mucha circunspeccion en el uso de la sangría ó la prohiben segun las circunstancias; el cólico bilioso y el inflamatorio no deben ser tratados por los anodinos y los calmantes solamente como el espasmódico; y así en las demás dolencias que se encuentran en caso análogo.

Al lado de estas ventajas incuestionables, añadió, tiene sin embargo sus inconvenientes la teoría general á que me refiero; pues, siendo un trabajo de interpretacion el que la forma, se halla espuesta á los errores del entendimiento como todas las de su género. Pero la ciencia tiene afortunadamente sus reglas para evitarlo.

Repárese en primer lugar, que en punto á la determinacion de la esencia de las cosas que son objeto de los conocimientos científicos, es ilusorio el intento de penetrar en los arcanos de la naturaleza; que el Supremo Hacedor se ha reservado: ni la física ni la química alcanzan á saber la esencia del calórico, del lumínico, de la electricidad, la atraccion, la afinidad, etc., como tampoco han conseguido comprender la del alma racional, la fisiología y la moral. Más, por fortuna, no es tan necesario este conocimiento al fin práctico de las ciencias; pues basta al físico, al químico y al naturalista saber las leyes que rigen la accion de los cuerpos que estudian, y al psicólogo las de la razon, para hacer aplicaciones utilísimas á la humanidad. Lo mismo sucede en medicina: no es posible llegar á conocer en su esencia el gran fenómeno de la vida; pero sabiendo las condiciones indispensables para su ejercicio y el orden constante con que se verifica en sus variadas y múltiples manifestaciones, hay lo suficiente para poderse manejar con algun acierto en la práctica del arte que tiene por principal objeto la conservacion de aquella. Debemos, pues, comenzar por establecer un límite á nuestras investigaciones, no pretendiendo ir más allá de lo lícito y lo posible.

Hay que prescindir de penetrar en el insondable misterio que cubre la esencia íntima de este modo de existencia del hombre, y procurar solo averiguar con toda diligencia las condiciones necesarias para su sostenimiento y las leyes que presiden á su ejercicio. Para ello tenemos medios muy á propósito; y como la enfermedad no es otra cosa que un estado accidental de la misma vida, tendremos que acudir á buscar en los elementos vitales ó las condiciones esenciales de la vitalidad, el modo de ser de los elementos morbosos, cuando, por efecto de causas abonadas, sufren alguna perturbacion que las aparta de su estado normal.

La observacion clínica, ayudada por la fisiología experimental, por la anatomia patológica, por la química orgánica y la micrografia, y por la misma terapéutica, nos suministran suficientes datos para este fin.

Ateniéndose al resultado obtenido fielmente de la observacion y de la experiencia por el conjunto de estos

poderosos auxilios, y guiándose en la induccion y generalizacion por las severas reglas de la lógica, conseguiremos sin duda el conocimiento indicado, librándonos del error.

Al llegar á este punto el discurso del Sr. Santero, se levantó la sesion por ser pasadas las horas del reglamento.

El secretario perpétuo, MATIAS NIETO SERRANO.

VARIEDADES.

FUNDADOS TEMORES.

No hay para que ocultar que el cólera morbo nos amenaza desde no muy apartadas regiones, y que sobran los motivos para que el gobierno, distraido por otros negocios, tome en alguna consideracion esta temible pestilencia.

Portres distintos caminos puede, en plazo brevísimo, llegar hasta nosotros; puesto que existe en algunos puntos de Rusia, en la parte oriental de Africa y acaba de presentarse con notable furor en Constantinopla. En Moscou no ha alcanzado á paralizarle, el pasado invierno, la temperatura de 28 grados bajo cero.

Y no es que tengamos más ó menos cercano un cólera que *se vá*, como debilitado y sacio por las numerosas victimas que ha deborado: trátase de un cólera que *viene*, y en tales circunstancias sabido es que el monstruo acredita su fiereza y mantiene su aciaga reputacion.

Considérese la tremenda desgracia que fuera para nuestra desventurada península hallarse invadida por tan mortífero azote, y lo mucho que importa preservarse de él. ¡Una asoladora peste era en esta ocasion lo único que nos faltaba!

Harto sabemos que estas advertencias han de ser para nuestros gobernantes por todo extremo impertinentes; que han de desdeñarse, y que la anarquía sanitaria seguirá formando armonía y concierto con la que se advierte en todos los asuntos que abrazan el gobierno y la administracion del Estado. Pero profesamos el principio de que cada cual, segun la situacion en que se halla y el papel que en la sociedad desempeña, elevado ó humilde, debe llenar cumplidamente sus deberes. Somos hoy simplemente periodistas médicos, y creemos dejar satisfechos los nuestros dando este patriótico aviso, con el deseo de evitar á la humanidad lágrimas y luto, y al gobierno de nuestro pais no escasos conflictos y dificultades.

No crea este que basta con advertir las cuarentenas que segun la ley deben imponerse: hay que conseguir que tenga esta cumplimiento muy fiel, cosa sobremadificil cuando cada pueblo y hasta cada persona hace lo que quiere.

LA LIBERTAD DE LA ENSEÑANZA EN FRANCIA.

No por que deseemos mal alguno á nuestros vecinos ultrapirinaicos, sino por la satisfaccion que habrá de cabernos al restituirles en alguna manera ciertos agasajos de que les somos deudores, vemos con satisfaccion que les amenazan los inestables beneficios de una libertad de enseñanza prima hermana de esta que felizmente gozamos. Así se convencerán de que no en todo hemos de irles á la zaga, quedando perpétuamente reducidos al desairado papel de simples imitadores.

Puede sentarse como regla, que cuando en el estran-

jero se inventa alguna cosa útil, somos del todo refractarios, y no consentiremos en aceptarla siquiera nos aspen; más si, por el contrario, se trata de idear algo desordenado y funesto, milagro será que no parta la iniciativa de este desventurado suelo desde que su razon está fuera de caja, ó al menos que no se apresure á aceptar la moda.

¡Ahí les va eso á los franceses, y que lo disfruten prolongados años; aunque presumimos que habrá de perder en el viaje y aclimatacion una buena parte de su indisputable excelencia!

Nos ha sujerido estas reflexiones cierto articulejo del *Moniteur Universel*, en que anuncia la buena nueva de haberse resuelto en una numerosa reunion de profesores de ciencias médicas, no pertenecientes á la Universidad, pedir al ministro de instruccion pública que ponga á disposicion de la enseñanza libre de la medicina los anfiteatros y las salas de la escuela práctica. Tambien se ocuparon de la organizacion de las clínicas en los hospitales.

Cree el *Moniteur* que si los deseos de los peticionarios se cumplen (y contamos con que se cumplirán), se habrá poco menos que resuelto la cuestion de la libertad de enseñanza.

Otro colega (el *Journal des Connaissances médicales*) sobre tener esas mismas ó aun más avanzadas opiniones, propone en su número de 20 de Abril, que *sean temporales las funciones de médico de hospital*; porque se entibia el celo con la posesion durante cierto número de años, y tales posiciones solamente sirven de enseña ó reclamo para atraerse los favores del público incompetente.

La tendencia es conocida: todo médico, aunque acabe de salir del aula, dado caso de que en ella entrara alguna vez, así en Francia como en España, pretende hacer el papel de catedrático y de sábio, ó en los hospitales de distinguido clínico, y para ello es forzoso *disalajar* á la oligarquía médica estadiza y poco menos que momificada.

Por fortuna para los franceses *no médicos*, contra esos vientos colados de libertad, se trata allí de oponer una cosa á manera de *Protomedicato*, esto es, un jurado para la colacion de los grados. Bien constituido este y con un buen reglamento de exámenes severamente observado, pudiera quedar la salud pública en alguna manera garantida.

Llega el apasionamiento por la tal libertad hasta el extremo de alegarse como una de las ventajas que ha de rendir la de una produccion mayor de médicos, con lo cual dicen que podrán evitarse mejor las intrusiones. ¿Habráse visto ocurrencia más peregrina?

¡Para evitar los daños de los charlatanes sin diploma, crear de cualquier manera charlatanes con él!.. ¡Nos parece esta muy magnífica idea!

Suele desesperar á los médicos franceses que vayan los alemanes sacándoles ventaja, y les arrebatan por fin el cetro de la medicina en Europa... ¿A donde iria á parar el tal cetro si por una veintena de años se estableciera la libertad que tanto anhelan?

Más prácticos los ingleses, empachados ya por ese indigesto género de libertades, se apresuran á remediar los males ineludibles que tal desórden de cosas produce.

Tampoco se conforman los franceses con extender la libertad de enseñanza á los que carezcan de título profesional: quieren la libertad del monopolio, esto es, una libertad á medias... La lógica y el tiempo les forzará á completar el sacrificio.

Quedamos á la mira de lo que ocurre á la libertad de enseñanza en Francia.

ALMANAQUE MÉDICO DEL MES DE MAYO.

Hoy entramos en el mes de las flores, en el que la naturaleza ostenta todas sus galas y esplendor: y sin embargo, en la primera quincena suelen observarse las mismas condiciones atmosféricas que en la segunda del mes de Abril. Nada, pues, de particular tendrá, que todavía se haga sentir el fresco, sobre todo en las madrugadas, aunque alternado con algunos días de calor; que la atmósfera se la vea despejada, con ráfagas y celajes, como cubierta, anubarrada y lluviosa; que la columna barométrica oscile con notables y frecuentes variaciones, y por último, que la misma irregularidad se advierta en los vientos, que tan pronto vienen de segundo como del primer cuadrante con más ó menos fuerza. Unicamente en los últimos días de Mayo, es cuando ya principia á fijarse el tiempo.

Con estos cambios atmosféricos, repetidos y más ó menos violentos, y con el uso inmoderado que se hace de ciertas hortalizas entre ellas la lechuga y los guisantes; con el abuso que principia á hacerse de las bebidas heladas y de las frutas a medio madurar; con la mala costumbre de dejar macetas y ramos de flores en las habitaciones en que se duerme; y últimamente, con el poco cuidado que se tiene de aligerarse de ropa estando sudando ó exponiéndose á las corrientes de los vientos, nada de particular tiene que sean tan numerosas y variadas las enfermedades que suelen reinar en el mes de Mayo.

Efectivamente, la mayoría de los padecimientos, agudos por lo regular, acostumbran ser de carácter catarral, gástrico y de índole inflamatoria fijándose con especialidad en las membranas mu cosas y serosas de los aparatos neuromo-gástrico y génito-urinario. Acostumbran presentarse bastantes casos de calenturas catarrales y gástricas, con tendencia más ó menos marcada á la degeneración tifóidea, siendo raros los enfermos en que no se presenten fenómenos propios de una alteración del sistema nervioso.—Son frecuentes también las intermitentes de tipo cotidiano y terciano, así como las afecciones reumáticas. No suelen ser raras las hemorragias entre ellas las epistaxis, hemoptisis, hematemesis, y metrorragias, las cuales si bien las toleran algunas veces los pacientes y hasta les son favorables, en otras vienen á ser precursoras de enfermedades crónicas, que se inician en los últimos días de la primavera, estallan en el estío y otoño, para venir á terminar funestamente en el invierno: muy cauto debe ser el profesor para combatir estos flujos sanguíneos. Obsérvanse, por último, algunos casos de pleurodinias, pleuresías, neumonías, anginas, cólicos y apoplejías.

Entre los exantemas febriles son los más comunes las viruelas, el sarampion y la erisipela; esta con más frecuencia en los adultos que en los niños, al contrario de lo que sucede en las dos primeras erupciones.

Aunque muy variadas las enfermedades reinantes en Mayo, ceden bien cuando se las combate con medicaciones apropiadas: por eso son pocas las defunciones que hay en este mes.

CONTRIBUCION INDUSTRIAL.

Por si algunos de nuestros abonados no hubieren visto los números de la *Gaceta* en que se ha insertado el flamante Reglamento que empezará á regir en 1.º de Julio próximo, bueno será darles noticia de las categorías en que se ha dividido la industria médica, y de las cuotas á cada una correspondiente.

CATEGORÍAS.

Son las siguientes:

Primera. Barcelona, Sevilla, Valencia y todos los puertos, cuya población exceda de 40.000 habitantes.

Segunda. Poblaciones que no sean puertos de mar y tengan desde 40.000 habitantes arriba.

Tercera. Poblaciones que no sean puertos y tengan desde 20.001 habitantes á 40.000.

Cuarta. Poblaciones que no sean puertos y tengan desde 16.001 á 20.000 habitantes.

Quinta. Poblaciones que no siendo puertos sean capitales de provincia con menos de 16.001 habitantes y pueblos de 10.001 á 16.000 habitantes.

Sexta. Poblaciones que no sean puertos ni capitales de provincia que tenga desde 5.401 á 10.000 habitantes.

Sétima. Poblaciones que no sean puertos ni capitales de provincia que tenga de 2.301 á 5.400 habitantes, sean cabezas de partidos judicial ó se celebren en ellas mercados semanales.

Octava. Poblaciones de 2.300 habitantes para abajo.

3.º Que en la tarifa núm 4, que es la que incluye á las profesiones médicas, se consignan las cuotas siguientes:

En Madrid:

CUOTAS.

Pesetas.

Los médicos cirujanos.	256
Los médicos puros, ya sean doctores ó licenciados á los y facultativos de segunda clase.	200
Los cirujanos de segunda clase.	131
Los cirujanos de tercera, matronas y comadrones que no sean médicos.	83
Practicantes, sangradores, ministrantes y callistas.	63
Dentistas que no sean médicos.	183
Veterinarios.	94
Farmacéuticos.	256

En las poblaciones de primera clase que dejamos señalada más arriba y siguiendo el orden establecido tienen consignados:

Los médicos-cirujanos.	238
Los médicos solamente ya Doctores ó Licenciados y los facultativos de segunda clase.	181
Cirujano de segunda clase.	119
Idem de tercera, matronas y comadrones no médicos.	75
Practicantes, sangradores, ministrantes y callistas.	50
Dentistas no médicos.	156
Veterinarios.	88
Farmacéutico.	238

En las poblaciones de segunda clase pagarán respectivamente:

Los médicos cirujanos.	181
Los médicos puros y facultativos de segunda clase.	163
Los cirujanos de segunda.	88
Los de tercera, matronas, etc.	56
Practicantes, sangradores, etc.	38
Dentistas.	125
Veterinarios.	81
Farmacéuticos.	181

En las poblaciones de tercera clase:

Los médicos-cirujanos.	144
Los médicos solamente y los facultativos de segunda.	138
Los cirujanos de segunda.	75
Los de tercera, etc., etc.	44
Los practicantes, etc.	31
Los dentistas no médicos.	94
Los veterinarios.	75
Los farmacéuticos.	144

En las poblaciones de la cuarta clase:

Los médicos-cirujanos.	119
Los médicos solamente, etc.	114
Los cirujanos de segunda clase.	63
Los cirujanos de tercera, matronas, etc.	38
Los practicantes, etc.	28
Los dentistas.	63
Los veterinarios.	56
Los farmacéuticos.	119

En las de quinta clase:

Los médicos-cirujanos.	94
Los médicos y facultativos de segunda.	88
Los cirujanos de segunda clase.	50
Los cirujanos de tercera, etc.	31
Los practicantes, etc.	25
Los dentistas.	50
Los veterinarios.	44
Los farmacéuticos.	94

En las poblaciones de sexta clase:

Los médicos-cirujanos.	69
Los médicos y facultativos de segunda.	63
Los cirujanos de segunda clase.	38
Los de tercera, matronas etc.	25
Practicantes, etc.	23
Dentistas.	38
Veterinarios.	38
Farmacéuticos.	69

En las poblaciones de séptima clase:

Los médicos-cirujanos.	48
Los médicos y facultativos de segunda.	58
Los cirujanos de segunda clase.	25
Los de tercera, matronas, etc.	19
Pract.cantes, etc.	19
Dentistas.	32
Veterinarios.	32
Farmacéuticos.	44

En las poblaciones de la octava y última categoría.

Los médicos-cirujanos.	38
Los médicos y facultativos de segunda clase.	32
Los cirujanos de segunda clase.	19
Los de tercera etc.	13
Practicantes, etc.	13
Dentistas.	25
Veterinarios.	24
Farmacéuticos.	35

CRONICA.

Estado sanitario de Madrid.—Muy impropio de la estación fué el calor que se sintió en los primeros días de la semana, pues subió la columna termométrica á la sombra á 28°: el jueves cambió el viento al N-O del S-E y E. que en los anteriores días sopló, descendiendo mucho la temperatura y sosteniéndose el barómetro en este tiempo poco más ó menos á la misma altura. Ultimamente, el estado atmosférico fué tan pronto despejado, como anubarrado, con ráfagas y lluvioso.

Estos cambios de temperatura, mas ó menos bruscos y violentos, son altamente funestos y perjudiciales á la salud pública, pues aumentan no solo el número de las enfermedades reinantes, sino su mayor ó menor grado de malignidad. Así que hubo en esta semana muchas calenturas gástricas, afecciones tifoideas, fiebres remitentes ó intermitentes de diversos tipos, dolores reumáticos y nerviosos, flegmasias del aparato respiratorio, entre las que predominaron las pleuresias y las pulmonías, flujos sanguíneos, entre ellos la hemoptisis y el flujo hemorroidal, y por último, diversas afecciones del cerebro y de la médula espinal.

Entre las erupciones, continuaron aumentando las viruelas y el sarampion, disminuyendo los casos de erisipela.

La mortandad fué mayor que en las anteriores semanas.

Nombramiento acertado.—Lo ha sido de médico de los acogidos en los Asilos de los pobres en el Pardo, nuestro querido amigo y colaborador D. Juan Nepomuceno Martínez, médico hoy día del Patrimonio en dicho Sitio, quien acaba de pasar una terrible enfermedad, por cuyo restablecimiento le felicitamos cordialmente.

Gracias.—Se las damos, y muy cordiales, á los señores Arnus y Borrell, médicos y propietarios del establecimiento balneario de San Felipe Neri de Madrid, por el opúsculo que nos han remitido referente al mismo, y del cual resulta que el citado establecimiento se encuentra en un estado que puede competir con el mejor montado del extranjero.

Nuevo periódico.—El Ateneo de Vitoria ha comenzado á publicar un periódico, cuyo primer número tenemos á la vista, con el propio nombre que la sociedad á quien sirve de órgano. Privado de todo carácter político, y exclusivamente consagrado á las ciencias, las letras y los artes, no hay duda que puede ser muy útil en ocasión que tanto necesitan los animos, para gozarse algun sosiego, imponerse por límites esas serenas y pacíficas esferas del humano saber. En el número primero del Ateneo se ha publicado un artículo sobre los estudios antropológicos, debido á la pluma, á la buena instrucción y criterio de nuestro apreciable é ilustrado compañero el Sr. D. Gerónimo Roure.

¡Un poco de paciencia!—Pegando contra las *ex-reales* ordenanzas de farmacia (*sic.*), que no tienen culpa alguna por cierto de la ignorancia y tendencias despóticas de esa turba de gobernadores que afligen á nuestras provincias, denuncia cierto periódico de farmacia el hecho de haberse suspendido del ejercicio de esta profesión á un farmacéutico, por residir en el mismo pueblo su padre, que es cirujano, aun cuando hay en él otro farmacéutico y un médico.—El hecho, que parece increíble y dista mucho de acomodarse al artículo 14 de las *ex-reales*, arranca á nuestro colega la patriótica exclamación siguiente: «¿En qué país vivimos? ¿Qué liberales gobiernan? Tiranía para el farmacéutico, y anarquía para todo vicho viviente. ¡Desgraciada patria! ¡Desgraciado país! ¡Desgraciadas instituciones!»—Pues ahí verá V. queridísimo colega. Con losa de plomo, encima, cubierto de ligerísima gasa, ó en cueros vivos y hecha una Eva, siempre se verá la Farmacia asendereada y mal trecha mientras las cosas sigan el comenzado rumbo.

¡Abajo el Bachillerato!—En la sesión que celebraron las Cortes soberanas, el 23 del mes anterior, rogó el doctor Mata, decano de la llamada Facultad de Medicina de Madrid, á la Comisión correspondiente, que acelerase cuanto sea posible la presentación de su dictamen sobre la supresión de los grados de bachiller... La Comisión, que estará rabiando por extirpar, ese abuso y acabar con todo vestigio del reglamentarismo tiránico de antaño, prometió aliviar á los que lidan con el bachillerato del azote que les amenaza, restituyéndoles toda la dignidad del hombre libre y el placido vivir del estudiante emancipado y autónomo.—¡Y luego se quejarán las clases médicas de los diputados de las Constituyentes!

Un nuevo académico.—El domingo anterior, se verificó en la Academia de ciencias, la recepción de nuestro amigo el Dr. D. Sandalio Pereda y Martínez, que reemplaza en aquel cuerpo al difunto Dr. D. Pedro María Rubio, habiendo contestado á su discurso de entrada el ilmo. señor D. Miguel Colmeiro. Por el reciente fallecimiento del Excmo. Señor D. Mateo Seoane no quedan en la Academia de ciencias mas médicos que los señores Colmeiro y Pereda, nombrados en el concepto de naturalistas.

Paso de rigodon.—Por decretos del ministerio de la Gobernación, de 22 de Abril último, se ha admitido la renuncia que habia hecho D. Pedro Mata del cargo de vocal ordinario de la Junta superior consultiva de sanidad, y se ha nombrado para reemplazarle á D. Teodoro Ibañez. Ese día mismo falleció el Excmo. Sr. D. Mateo Seoane que tan distinguidos servicios practicó en el expreso ramo, reformado por el en 1847.

Suponemos que las prolijas y penosas tareas de la Junta habrán enervado las fuerzas del Dr. Mata, poniéndole en el caso de dimitir aquel importante cargo, en que tan buenos servicios ha prestado. Las clases médicas lo lamentarán sin duda alguna; pero siempre le quedarán agradecidas. Esperamos que su digno sucesor siga la propia senda, libertándonos por de pronto de ese cólera retozon que acaba de meterse en Constantinopla, desde donde es muy probable que se venga á galantear la libertad española.

«Pro fraternitatis vinculo!»—El 16 de Abril último, según leemos en la *Farmacia Española*, celebraron una reunión los farmacéuticos de Madrid, en la cual acordaron por unanimidad, redactar una exposición, protesta sobre las nuevas tarifas de contribución que tanto perjudican a la clase... ¿Cómo es que para estas y otras tales cosas no se acuerdan los farmacéuticos de sus hermanos los médicos?—En su derecho están y hacen muy bien en obrar con esa independencia de clase, y hasta lo aplaudimos; pero ¿por qué fatalidad hacen tan a menudo los médicos, en obsequio del parentesco, el sacrificio de su independencia?

Propuesta para la cátedra de historia de la medicina de la Facultad de París.—Después de tres votaciones, en que MM. Bouchut y Lorain le iban á los alcances, ha sido propuesto al gobierno en primer lugar M. Darremberg, ocupando el segundo M. Lorain, y el 3.º M. Raynaud.

Obra muy útil.—Excelente servicio puede prestar á los prácticos el tratado de las enfermedades del oído que acaba de sacar á luz nuestro estimable y laborioso profesor D. Modesto Martínez y Gutierrez Pacheco, que en otro lugar anunciamos. El autor, que viene dedicándose con esmero al tratamiento de las enfermedades del oído, ha recopilado con buen orden y criterio lo mejor que recientemente se ha escrito sobre la materia, agregando el fruto de su propia experiencia; y cómo no hay en nuestro idioma obras elementales de este ramo especial de la patología, viene á llenar el vacío que se nota en la enseñanza y en la literatura médicas. Recomendamos su adquisición á nuestros profesores.

M. Tardieu y sus discípulos.—Si algunos de los alumnos que el distinguido higienista y médico forense tiene el encargo de enseñar, son tan buenos, tan aplicados y agradecidos que intentan forzarle á dimitir la cátedra, para eso otros han redactado un proyecto de exposición en su favor que han puesto á la firma en todos los hospitales y en otros puntos. Estos creerán sin duda que el mejor catedrático es el que más sabe y mejor enseña, mientras que los otros prefieren el ruido, y sobre todo no estudiar.

Digna reparación.—Las injurias y los ultrajes de que ha sido objeto M. Tardieu por parte de algunos estudiantes de la Facultad de Medicina, han tenido la más completa reparación. El 24 del pasado Abril, celebró su sesión anual la Asociación general de médicos de Francia asistiendo a ella numerosos médicos de todos los ángulos del vecino imperio, y bien se puede decir que fue una estrepitosa y continuada ovación a su dignísimo presidente el maltratado M. Tardieu. Los médicos más eminentes y distinguidos de Francia, convertidos en una especie de alto Jurado de honor, han protestado contra la apasionada y loca conducta de unos cuantos estudiantes acometidos del delirio que engendra la fiebre política, delirio que renace ahora en aquel país y que no dejara de ocasionar desastres si no le contiene oponiendo sus fuerzas conservadoras y un espíritu de verdadera libertad.—El discurso que en esa Asamblea pronunció M. Amadeo Latour, arrancó del auditorio los más entusiastas aplausos.—Felicitamos desde las columnas de nuestro periódico, tanto al ilustre M. Tardieu, como á M. Latour, y á los médicos todos que concurrieron á esta importante sesión y han hecho frente con su cordura al torrente de exageraciones y de imprudencias que en Francia amenaza.

Progresos de la homeopatía.—De nuestro colega el *Criterio Médico*, tomamos las siguientes noticias:

«El 25 y 26 de Febrero último tuvieron lugar en el Parlamento de Hungría dos sesiones muy animadas. La orden del día era la discusión de dos proposiciones presentadas por varios diputados; una para que se estableciera en la Universidad Real Húngara de Pesth, una cátedra de medicina homeopática, y la otra para que se estableciera a la vez un hospital homeopático. Los debates fueron largos, y tomaron parte en ellos varios diputados de todas las fracciones de la Cámara: siendo por fin aprobadas dichas proposiciones en votación nominal y por una gran mayoría de votos. El Ministro de Instrucción pública es el encargado de hacer cumplir y llevar á cabo el acuerdo del Parlamento.

«Animada la villa de Pesth con el ejemplo dado por la Cámara húngara, ha de terminado ya por su parte fundar un hospital homeopático, que se abra tan pronto como queden vencidas las dificultades materiales de instalación. Los Comisarios de Sanidad de la villa, están ya redactando las bases de la nueva institución, y á petición de los médicos homeópatas de la localidad se establecerá el hospital en un edificio independiente.»

«El sábado 9 del actual se celebró en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, de París, la misa llamada de instalación de las hermanas de San Vicente de Paul en el hospital Hahnemann, y á la que asistió el comité médico del mismo. El abate Jacquet fué el encargado del sermón relativo á tan solemne acto.

«El 10, á las once de la mañana se inauguró el hospital, habiendo tomado posesión del mismo los comités médico y protector, y los médicos de visita, ó sean jefes de servicio.»

Queja.—Se la hacemos al señor Director de Comunicaciones, de las muchas que recibimos de nuestros suscritores de provincias y de la irregularidad con que reciben nuestro periódico, y esperamos por lo tanto, sea de remediar una falta que nos perjudica, y de la que no tenemos la menor culpa, puesto que por nuestra parte servimos las suscripciones con toda puntualidad.

VACANTES.

La de *médico-cirujano* de Madriguera y 4 anejos, provincia de Segovia; su dotación 14 000 rs. por la asistencia de todo el vecindario. Las solicitudes documentadas á el presidente de el Ayuntamiento hasta el 27 del corriente.

—La de *médico-cirujano* de Matabuena, provincia de Segovia; su dotación 400 escudos por la asistencia de los pobres y las iguales con los vecinos pudientes. Las solicitudes hasta el 16 del corriente.

—La de *médico-cirujano* de Arcones, provincia de Segovia; su dotación 400 escudos por la asistencia de una familia pobre y casos de oficio, quedando el facultativo libre para igualarse con los vecinos acomodados. Las solicitudes hasta el 16 del corriente.

—La de *médico-cirujano* de San Roman de la Hornija provincia de Valladolid; su dotación 300 escudos por la asistencia de 70 familias pobres y las iguales con las pudientes. Las solicitudes hasta el 16 del corriente.

—La de *médico-cirujano* de Velayos, provincia de Avila; su dotación 300 escudos por la asistencia de las familias pobres y las iguales con los pudientes. Las solicitudes hasta el 16 del corriente.

ANUNCIOS.

TRATADO ELEMENAL

DE LAS ENFERMEDADES DE LOS OIDOS,

Recopilada de las obras de Eroltsch, Meniere, Cousm, Bonnafont y otros varios autores.

Por D. Modesto Martínez y Gutierrez Pacheco.

Se halla de venta al precio de 16 rs. en las librerías de Moya, carreras 8, Durán, carrera de San Geronimo, 2, y Bailly-Bailliere plazuela de Santa Ana.

ESTUDIO SOBRE LAS HERIDAS DE ARMAS DE FUEGO,

POR EL DOCTOR DON JUAN CREUS,

Cátedrático de la Facultad de medicina de Granada.

Se vende á 6 rs. en la conserjería de la facultad de Granada, y en Madrid en la librería de Bailly-Bailliere. (P. P.)

PAPÁ SUEGRO.

Novela escrita en francés por Ch. Paul de Kock; traducida al castellano por D. P. E. y S.; ilustrada con una hermosa lamina grabada en acero. Madrid, 1870. Un tomo en 12.º; 3 pesetas en Madrid, y 3 pesetas y 50 cent. de peseta en provincia, franco de porte.

Se halla de venta en la librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, plaza de Topete, número 8, Madrid. (P. P.)

Imprenta de P. G. Y ORGA.—BIOMBO, 4: MADRID: 1870.